

Los viajes de Rosa y Ernesto

Libro II

Copyright © by All Bilingual Press, 2010

Prefacio: Estación Sacha Sur, 3

Capítulo 1. El Arqueólogo, 4

Grammar #1: Imperfect tense. Preterit vs. imperfect

Grammar #2: Plural Command Form

Capítulo 2, En el Pacífico, 9

Grammar #3: Relative pronouns

Grammar #4: Future Tense

Capítulo 3, Tecún Umán, 14

Grammar #5: The subjunctive with *cuando*

Grammar #6: Diminutive and augmentative

Grammar #7: Possessive Adjectives and pronouns

Grammar #8: Use of “Vosotros”

Capítulo 4, Cinco de Octubre, 21

Grammar #9: Direct and Indirect pronouns together *me lo te lo se lo*

Grammar #10: Use of “vos”

Capítulo 5 En la tierra del quetzal, 26

Grammar #11: Comparatives y superlatives.

Capítulo 6 Moreno Xequijel, 30

Grammar #12: The present perfect Participios pasados regulares e irregulares

Grammar #13: Conditional

Capítulo 7: Donde no hay doctor, 36

Grammar #14: Present subjunctive in adjectival clauses

Capítulo 8: La Bestia, 40

Grammar #15: Present subjunctive in nominal clauses

Capítulo 9: María Moreno, 46

Grammar #16: Pluperfect tense

Grammar #17: Present subjunctive in adjective clauses

Grammar Appendix, 50

Ecuador (1976)
Estación Sacha Sur

De lejos, el techo de la selva es una superficie suavemente ondulada donde las torres de fuego emergen a intervalos regulares. Por debajo, la vida se agita en un espasmo de muerte.

—Arévalo, no sé por qué usted se preocupa tanto.

—Ingeniero, es que no veo cómo va a solucionar el problema de los desechos del petróleo. ¿Los va a poner en tanques? ¿O los va inyectar otra vez en el subsuelo?

—Ni uno ni otro, Arévalo. Vamos a ponerlos en piletas.

—Ah, entonces, va a forrar esas piscinas con cemento, ¿no?

—No. No es necesario.

—¿Usted quiere decir que los desechos van a ser volcado directamente en esos agujeros cavados en la tierra? ¿En piletas abiertas? ¿Y en contacto directo con el suelo?

Desde la ventana del tercer piso del edificio central, Esteban Ruiz observa la estación Sacha Sur y la fila de columnas de fuego, rojas y amarillas, grandes como casas, donde el gas arde temblando y se consume controlado, día y noche, noche y día, bajo sol, trueno y lluvia, con furia incesante. Observa la distorsión del cielo violeta a través de la atmósfera caliente, y el aire acondicionado de la oficina le produce un estremecimiento.

El hombre piensa antes de responder al contador.

—Vamos, hombre. No es petróleo. ¡Es agua!

—Agua con bencina, con plomo, hasta con arsénico. Usted sabe mejor que yo que esos desperdicios nocivos van a permear el suelo y contaminar toda la región, ingeniero. Esta es la cuenca amazónica, es un sistema frágil, usted sabe.

Arévalo se pone rojo mientras habla, un poco por la situación incómoda—al final, el otro es su jefe—pero más que todo de pura rabia. “Este gringo viene a echar pestilencias en mi país”, piensa, “y no le importa! Luego se recuerda que Esteban Ruiz es un español, pero cree que para el caso es lo mismo, porque vive en Texas y trabaja para la Texaco. Claro, ¡él mismo también trabaja para La Compañía! Y este último pensamiento lo avergüenza aún más.

—No soy yo quien decide eso, Arévalo. A mí me dan un presupuesto y yo hago lo que puedo —dice Ruiz—. Y me dijeron claramente que aquí en Ecuador las cosas se hacen así. Presentamos los planes y en Quito los aceptaron. Nos concedieron este bloque para la explotación del petróleo, y eso es lo que importa.

—Comprendo ingeniero. Pero sólo para su información, y con esto no lo molesto más: Aquí en esta región del Oriente también vive gente. Esta gente usa el agua de los ríos para beber, para cocinar, para bañarse, y hay capas de agua subterráneas que surgen aquí y allá en la selva y desaguan en los ríos; es decir, entran en el sistema fluvial. Además, las lluvias también van a arrastrar los tóxicos y terminar en los afluentes.

—Mire, Arévalo, los suelos aquí funcionan como un filtro de barro. ¡Filtran todo!

El otro lo observa con irritación. “¿Éste piensa que soy idiota? ¡Un tóxico no es una ameba, ni un microorganismo!”

—No se preocupe, hombre—dice Esteban Ruiz, mientras conduce al contador hacia la puerta de salida y lo palmea fraternalmente en la espalda. —La selva aquí es poderosa, absorbe y recicla todo. ¡La naturaleza cura sus propios males!

Capítulo 1: El arqueólogo

Grammar #1: Imperfect tense. Preterit vs. imperfect

Grammar #2: Plural Command Form

I

El pozo es profundo. En el fondo hay una tumba de piedra con inscripciones en jeroglíficos, y alrededor de la tumba hay varias ánforas de terracota. Un sacerdote maya sostiene en su mano, en alto, un corazón sangrante. Lo ofrece a un dios esculpido en piedra en la pared del pozo. Ernesto se acerca más y más al borde para observar mejor. Pero la tierra cede y él cae al pozo. Los ojos de piedra del dios maya, mitad humano y mitad reptil, se vuelven hacia él. En un intento desesperado, Ernesto se agarra de las paredes del pozo para poder subir, pero éste comienza a agitarse como en un terremoto. El sacerdote lo acuesta encima de la tumba y le ata los brazos. El cuchillo brilla en sus manos. Cuando va a clavarle el brillante cuchillo en el pecho, éste se transforma en un rayo de luz. Ernesto se agarra al rayo con fuerza, y comienza a subir y a subir por él, hasta salir del pozo. Cuando llega a la superficie, la luz lo deslumbra.

Está amaneciendo. El sol de la mañana entra por la ventanilla del autobús y le da en los ojos. Ernesto está transpirando profusamente.

—¿Tuviste un mal sueño?— Escuché que **te quejabas**—le dice Luis, el joven arqueólogo que se sienta a su lado.

—Tuve un pesadilla—dice Ernesto, un poco avergonzado.

—¿Qué fue?

—Pues, soñé que **estaba** en el borde de un pozo y **me caía**. **Era** de noche. En el pozo **había** un sacerdote maya que **tenía** un cuchillo en la mano; **quería** arrancarme el corazón y ofrecerlo a su dios. El dios me **miraba**. Yo **quería** escapar subiendo las paredes del pozo, pero no **podía** porque el pozo se **movía** constantemente. Cuando el sacerdote **iba** a clavarme el cuchillo en el pecho, apareció un rayo de luz... Yo comencé a subir por el rayo... y me desperté.

—No me sorprende... el autobús acaba de entrar en el parqueo de este restaurante y el empedrado está tan malo que yo también pensé que **era** un terremoto. En cuanto a la luz, bueno, ¡son las siete de la mañana, chico! Vamos a tomar el desayuno, porque ésta es la última parada antes de llegar a San Cristóbal de las Casas.

—¿Ya estamos en el estado de Chiapas?

—Así es. En territorio maya.

Luis y Ernesto eligen una mesa tranquila en un rincón del restaurante para poder platicar.

—Veo que te quedaste impresionado con las historias de los sacrificios humanos de tu libro—dice Luis.— Pero no te preocupes. Ya no se practican más. Pero cuéntame más de ti ahora.

Cuando tú **eras** niño, ¿**sabías** que **eras** adoptado?

—Sí, lo **sabía**. Mis padres siempre me **contaban** cómo me encontraron. Dicen que yo **estaba** envuelto en una manta azul, y que **había** un papelito agarrado con un alfiler en la manta, y que **decía** mi nombre, Ernesto Moreno, y también el nombre de mi madre y el nombre de su pueblo, Esperanza. Por eso es que estoy viajando a todas las Esperanzas, para encontrar a mi familia. Lo decidí temprano en mi vida, cuando todavía **iba** a la escuela primaria.

—Veo que tenemos algo en común: a los dos nos gusta investigar el pasado.

—Así es. Pero hay algo que me intriga, Luis: ¿Cómo sabes que hay un cementerio enterrado?

—Bueno, los arqueólogos usamos un radar que permite ver si hay cámaras bajo la superficie de la tierra. Cuando hay datos históricos sobre la posibilidad de algún lugar no explorado, iniciamos una búsqueda con el radar. Así mis colegas encontraron esta cámara, que parece que está a 15 pies de profundidad. Pensamos que allí deben estar los restos de un descendiente del rey maya Pakal. Tu ayuda va a ser imprescindible, Ernesto, para clasificar y etiquetar los artefactos en dos idiomas, según el requerimiento del museo. Tu dominio del inglés y el español es esencial. ¡Fue una feliz coincidencia conocerte en este viaje!

— Lo mismo digo, Luis.

II

San Cristóbal de las Casas es una dinámica ciudad colonial. La cultura maya de la región y los recientes movimientos sociales que sorprendieron al mundo son un polo magnético para estudiosos y curiosos de diversos países e intereses. De repente, la ciudad se puso de moda. Antropólogos, arqueólogos, historiadores, sociólogos, periodistas, fotógrafos y evangelistas convergen en los cafés para compartir sus impresiones. Y en cada esquina, soldados fuertemente armados los observan con sospecha.

— ¿Y por qué hay tantos soldados por aquí?—pregunta Ernesto— ¡Parece que estamos en medio de una guerra!

— Sí, es como una guerra— dice Luis.—¿Escuchaste hablar de los Zapatistas?

— No.

— El año pasado, en el día de Año Nuevo (justo cuando se **inauguraba** el tratado de la NAFTA¹), un grupo de indígenas mayas de la selva Lacandona, hombres y mujeres, se organizaron y tomaron la ciudad, bajo el comando del sub-comandante Marcos. El gobierno respondió a la acción de los rebeldes bombardeando los suburbios de la ciudad. Los indígenas se volvieron a la selva. Pero luego tomaron varios pueblos de los alrededores, y desde entonces las relaciones son tensas. Por eso ves tantos soldados y tanto armamento.

—¿Y qué quieren los Zapatistas?

—Escuelas, hospitales, empleos... una vida más digna. También protestan contra la NAFTA, porque dicen que sólo favorece a los ricos.

—¿Y les van a dar lo que piden?

—No sé... En México hay mucha injusticia social, Ernesto, como en toda Latino América, para decir la verdad. Es un problema antiguo, desde que los conquistadores españoles llegaron a América y les quitaron las tierras a los nativos.

Ernesto está muy pensativo. ¡Quien sabe si él también es maya! piensa otra vez.

Luis deja a Ernesto en un café por un corto tiempo, y pronto vuelve con otros ayudantes y dos camionetas llenas de cosas necesarias para la expedición.

—¡**Ven**, Ernesto! ¡**Vengan**, chavos!—Dice Luis— **Presten atención:** Aquí están las tiendas de campaña, los sacos de dormir, las mochilas, y el equipo de excavación. La comida y el agua están en esas cajas. **No se sienten** encima de ellas. **Súban ahora.** ¡**Súbele** muchacho!— le dice a Ernesto, que todavía está escribiendo en su libro de viajes. El chico se sube a una de las *picops* y se presenta al grupo de expedicionarios, que consiste en unos seis hombres.

Al cabo de algunas horas llegan al municipio de Palenque. No muy lejos del pueblo, la mítica ciudad de pirámides se levanta en el borde de una montaña, en medio de una densa vegetación. Entre enormes templos, escaleras altísimas, columnas y altares imponentes, el gris y blanco de las piedras alternan con el verde de la vegetación que trata de cubrirlas.

Ernesto está mudo de asombro. Cuando el vehículo para, el novicio arqueólogo sube a pasos agigantados los escalones que llevan a lo alto de un templo. Desde allí observa, absorto, las vastas y húmedas llanuras que se extienden al pie de la montaña, hacia el norte.

A las 6 de la tarde los turistas deben salir, pero el grupo de Luis tiene permiso especial para acampar en las periferias del sitio arqueológico. Casi de repente, ya es oscuro. Aquí la noche llega sin anunciarse, piensa Ernesto, no acostumbrado a la abrupta transición día-noche propia de estas latitudes.

Una luna redonda y amarillenta se levanta sobre el horizonte, y las luciérnagas se encienden y se apagan como estrellas entre las hojas de los árboles. Ernesto ayuda a sus compañeros a armar las tiendas de campaña, a encender el fuego y a preparar la cena. Mientras tanto, Luis organiza cuidadosamente la expedición del día siguiente, y cada uno recibe su tarea:

¹ NAFTA = *North America Free Trade Agreement*

—Augusto y Juan, **vayan** a la camioneta y **busquen** las herramientas: las palas, los picos, los martillos, los cubos, las cucharas y los cepillos están en la caja número 1. Y ustedes, Ernesto y Panchito, **juntan** lo demás: las brújulas, los instrumentos de medición y las linternas. Cada uno es responsable por llevar su propia agua. **No se olviden**. El señor Arnaldo y yo nos ocupamos del equipo pesado y la bomba de agua.

Cuando ya está todo listo, el grupo cena y todos se acuestan temprano. Pero el suelo duro, el ruido de los insectos nocturnos, y la pura excitación de ser parte de una investigación científica deja a Ernesto con los ojos abiertos por largo tiempo.

III

Finalmente llega el día tan esperado por todos. Desayunan rápidamente, cada uno carga una mochila con el material científico y las herramientas, y cuando llega el guía, se ponen en marcha. Después de pocos minutos de caminata, el hombre para frente a una enorme piedra que está al lado de una pirámide menor. Luis consulta el mapa y confirma el sitio. Un monolito de unos 6 por 6 pies, esculpido con la figura de un dios maya de aspecto feroz, señala el lugar de entrada.

— **Empujemos** todos juntos! ¿Listo? ¡Uno, dos, tres! ¡Fuerza muchachos!

La piedra cede y los hombres consiguen abrir un espacio por donde pueden pasar gente y equipo. Luis transporta una bomba portátil, a gasolina, para succionar agua de adentro hacia afuera, o para llevar agua de afuera hacia adentro (el agua hace más fácil encontrar los artefactos). Uno de los hombres debe quedarse afuera para controlar la salida y entrada de agua, según el caso.

El guía enciende la linterna y entra primero.

—**Síganme**, pero **tengan cuidado** con la cabeza. El techo está muy bajo.

Unos tras otros, los hombres entran al túnel y caminan en silencio. Hay muy poca luz, y un extraño brillo sale de la roca. Pronto llegan a un espacio más ancho. Millares de murciélagos salen de las paredes y cruzan en todas las direcciones. Ernesto los siente pasar muy cerca de su cara. Donde sea que Ernesto ilumine con su linterna, aparecen las cabezas con ojos que no ven de los pequeños seres nocturnos.

Siguen por otro túnel, más estrecho y más bajo, por donde tienen que arrastrarse. El pasaje está lleno de lodo, agua y roca. Después de algunos minutos de avanzar sobre sus estómagos, llegan a otro túnel mayor. Pero hay demasiada agua en éste. Luis pone la bomba a funcionar. El aparato comienza a bombear el agua hasta que el nivel baja y pueden pasar.

Después de poco más de una hora llegan a una amplia cueva. Los hombres cuelgan sus faroles en la roca y la escena se ilumina con luz amarillenta. Varias escaleras angostas convergen en ese lugar, y en el medio del recinto hay una construcción de piedra, como un altar.

— Ésta es la mesa de los sacrificios— explica Luis. —Los mayas **arrancaban** el corazón de sus prisioneros, para ofrecerlo a los dioses, pero también **había** sacrificios rituales de niños.

La imagen hace temblar un poco a Ernesto. *¡El inútil humano...! La persistente creencia en que los dioses piden sangre de niño, o de virgen, o de cordero, existe en todas las religiones ¿Es coincidencia o es un arquetipo humano? ¿Es un deseo de mostrar a Dios que aquí en la tierra aún hay seres incorruptos?* La voz de Luis arranca a Ernesto de sus meditaciones.

—Según mis cálculos—, continúa Luis— la tumba del príncipe debe estar muy cerca de aquí.

Pero no hay nada en ese recinto—. Luis saca un instrumento y lo apoya en las paredes.

—¡Aquí debe ser!—exclama entusiasmado.— **Saquen** los picos y martillos.

Dos de los hombres trabajan por media hora, sacando piedras y marcándolas para saber cómo reponerlas más tarde, exactamente en el mismo lugar donde **estaban**.

Poco más tarde el agujero ya tiene medio metro de diámetro, suficiente para poder entrar.

— **Vayan** ustedes—dice el guía, que no quiere entrar para no perturbar la memoria de sus antepasados.—Yo me quedo aquí. Cualquier problema, nos comunicamos con el *walkie talkie*.

Otros cinco miembros de la expedición, incluyendo Ernesto, se meten por agujero que da a otro pequeño espacio. Allí, un montón de piedras dispuestas en círculo llama la atención del arqueólogo.

—Aquí, chavos, **miren** estas piedras.

La figura estilizada de un miembro de la nobleza maya está tallada en la piedra. Para Luis, es señal inequívoca de que están parados sobre una tumba real.

—¿Ves? Bueno, ahora **excavemos** aquí. **Pongamos** la tierra en estos cubos, para poder reponerla.

Los hombres cavan por un buen rato hasta que el pozo tiene ya un metro y medio de profundidad. Ernesto y Augusto están en el fondo del pozo, llenando los cubos con tierra, mientras los otros están arriba, vaciando los cubos.

—Mucho cuidado—, dice Luis.—Estamos excavando en lo desconocido.

—¡Aaaaahhhhh!— El piso se abre debajo de los pies de Ernesto, y el grito se aleja en la profundidad oscura de un túnel vertical donde está cayendo. Su cuerpo golpea en una superficie dura y una avalancha de tierra lo cubre casi totalmente. Tiene la boca llena de polvo. No ve nada. La enorme presión de la tierra y las rocas sobre su pecho no deja expandir sus pulmones, y la respiración es difícil. Entra en pánico. Siente el miedo en la mente y el cuerpo con igual intensidad. *¿Van a rescatarme?* es el primer pensamiento que domina todo su ser. Le duele muchísimo una pierna y no sabe si se rompió algún hueso. Grita “¡Socorro! Luis! Estoy aquí!” Su grito es débil, más se parece a un lamento. Su propio aliento le vuelve en forma de polvo que entra otra vez en su boca. Ahora siente las lágrimas saliendo de sus ojos y mezclándose con la tierra. Oscuridad. Silencio. Solo escucha el palpitar de su propio corazón. *Dios mío, me estoy sofocando*, piensa Ernesto. *Voy a morir*.

IV

Entre las imágenes confusas que pasan por su mente aparece la del rayo de sol que entró en su sueño esa mañana. Ernesto recuerda cómo en su sueño él se agarró al rayo y subió por él, y ahora trata de mantener esa imagen viva en su conciencia. Esto le da fuerzas para librarse de la tierra que lo cubre, primero los brazos, luego el torso, y finalmente las piernas. Escupe la tierra que tiene en la boca y respira más hondo. Se limpia los oídos. Pasa la mano por la cara y nota que está sangrando.

Llama otra vez a Luis y a los otros, pero se da cuenta de que el túnel por donde cayó está bloqueado, y él se encuentra en un recinto de piedra, cerrado. El eco le devuelve su voz.

Encuentra la botella de agua en su cinturón, bebe un poco y se limpia la herida de la cara. En la absoluta oscuridad, comienza a explorar a su alrededor con las manos. Tierra, piedra, una jarra. Ahora toca un material de textura extraña, que se desintegra entre sus dedos. Luego una superficie lisa como un cuero. Parece un murciélago muerto, o vivo, o durmiendo, que puede saltarle a la cara en cualquier momento, concluye Ernesto. Él no ve al animal, pero seguramente que éste sí lo ve a él, acostumbrado a la noche perpetua. Recuerda entonces que tiene su linterna en el bolsillo del pantalón. La enciende y, temblando, alumbra hacia el lugar donde está el objeto. No es un animal. Sigue el contorno del material hasta que la luz revela una forma humana en posición fetal.

—¡Aggggh!— El grito de Ernesto reverbera en el recinto de piedra. Una cara momificada lo mira con ojos acusativos. La nariz son dos orificios en medio de la cara, y la boca, redonda, está abierta en una exclamación silenciosa. En un instante Ernesto salta hacia un lado y, aterrorizado, se arrastra lejos de la espectral aparición.

La linterna ilumina una pared de roca y allí se apoya. La pierna le duele terriblemente. — ¡Luis! ¡Augusto! ¿Dónde están? ¿Dónde están todos? Apunta la linterna hacia los lados y hacia arriba. Sólo ve tierra y roca. ¿Dónde está el agujero por donde cayó? Aparentemente quedó obstruido, porque no entra la luz. Si no entra la luz, tampoco entra el aire, piensa Ernesto. Y si no entra aire, él va a quedarse sin oxígeno en poco tiempo. Está atrapado en una tumba de roca. Apaga la linterna para no gastar pilas, y se queda muy quieto para no consumir más oxígeno de lo necesario. Esperando.

Piensa en sus padres, y en sus otros padres que nunca conoció. Piensa en su vida y en lo bueno que pudo hacer pero no hizo; en los momentos generosos y los egoístas; en los actos valientes y

en los actos de cobardía. Reza y pide perdón por todas las ocasiones perdidas de ser noble.

Después de un tiempo sus pensamientos comienzan a ser más confusos e imprecisos. Ernesto sabe que va a perder el conocimiento. Y sabe que si le falta oxígeno al cerebro por un tiempo prolongado, el daño es irreparable.

El rayo... ¿dónde está el rayo de luz? Ernesto se siente flotar sobre la piedra, pero no hay nada donde agarrarse a la vida. No hay un rayo de claridad por donde subirse. Extiende las manos, pero solo agarran el aire, vacío. No hay nada, solo la oscuridad.

Capítulo 2: En el Pacífico

Grammar #3: Relative Pronouns

Grammar #4: Future Tense

I

Querida mamá:

Te escribo esta carta con la esperanza de poder mandarla desde Guatemala.

Hoy es el quinto día en el barco. El capitán dice que estamos pasando cerca de Colombia. Esta mañana había muchos delfines, en grupos de diez tal vez, que nadaban en frente del barco, saltando y haciendo círculos en el aire. Nos acompañaron por muchas horas. Había un pequeño delfín que nadaba al lado de su madre, y parecía sonreír. . . ¡Me gustaba imaginar que yo era ese delfín y tú estabas conmigo!

El mar está un poco agitado ahora. Rosa tiene la vista nublada y la boca llena de saliva. ¡Oh, no, otra vez el mareo y el estómago revuelto! Dicen que hay que quedarse en el medio del barco, donde el movimiento lateral se siente menos. Encuentra entonces un pequeño espacio libre, entre otros pasajeros que siguen el mismo consejo. Se acuesta en la cubierta y trata de dormir.

No sabe cuánto tiempo pasó, pero cuando abre los ojos nota que el mar está más turbulento. Un viento frío empieza a soplar desde el oeste, y nubes oscuras cubren el cielo. Unas gotas gordas comienzan a caer, y el barco se inclina de un lado para el otro. De repente, una ola enorme barre la cubierta y arrastra a un hombre. Uno de los tripulantes lo agarra antes de caer al agua. La gente comienza a gritar.

- ¡Agárrense fuerte!— dice Rubén, el segundo en comando.
- ¡Vayan para abajo!— ordena el capitán.
- ¿Dónde están los chalecos salvavidas?
- Están en la bodega ¡Pancho, distribuye los chalecos!

Los pasajeros que aún están arriba se agarran de una soga, de un compañero, de una oración. Rosa encuentra a su amigo subiendo las escaleras.

—¡Rosa! ¡Aquí hay un salvavidas para ti! ¡Tómalo, porque creo que no hay para todos!

Rosa toma la chaqueta. Pero al pie de la escalera se encuentra con un niño, separado de sus padres, **a quien** le da su chaqueta. En ese momento otra ola inmensa cae sobre la cubierta y baña la escalera. Rosa corre abajo. Tiene un plan.

En un rincón de la sala de máquinas la muchacha descubrió, días atrás, que hay un cajón de madera que aparentemente sirvió en el pasado para guardar los elementos de pesca, pero que ahora está vacío. Rosa piensa que el cajón es su salvación. Está bien sellado, y si el barco naufraga, ella **podrá** usarlo como flotador. Se ata al cajón con unas sogas y espera su destino. ¡Por nada del mundo **se podrá** esa chaqueta que le deja el cuerpo afuera del agua pero las piernas adentro, donde los peces **podrán** morderla o comerle un pie!

Mientras la gente está de rodillas, llorando y pidiendo protección, Rosa está atada a su cajón, y también reza en voz alta. Primero reza a “Itota” (Jesús en huaorani, o Hijo del Creador, que es el dios de los cristianos). Después le reza a “Huaengongui” (el Padre, y también dios de los ríos y de las aguas de la selva). Y luego le reza a la Virgen María, porque ella sí es la reina del mar, piensa Rosa. ¿No se llama también Stella Maris, es decir, Estela del Mar? ¿María ... Maris... Marina? “Señora reina de las aguas del mar y guía de los marineros, ¡lleva a este barco a buen puerto!”, ruega la niña.

Rosa casi no se da cuenta cuando pasa la tormenta. Pero el viento, efectivamente, ya se está aplacando; las nubes se alejan hacia otros horizontes, y el barco se endereza y comienza a navegar en aguas más calmas. Rosa sube a cubierta y encuentra algunas hojas de su cuaderno flotando en un charco, con unos fragmentos de palabras borradas por el agua.

Varias horas más tarde, cuando se hace el recuento de la gente para comprobar que nadie está perdido, el capitán los reúne para hablarles.

— La tormenta nos desvió un poco de la ruta, y perdimos tal vez un día de viaje. Pero también perdimos algunas cajas con las raciones. Lamentablemente, de ahora en adelante **tendremos** que ajustarnos el cinturón. Pero no hay por qué preocuparse. Ya estamos muy cerca. Un par de días nomás y llegamos a Guatemala.

“¿Ajustarnos el cinturón? ¡Mi cinturón ya no tiene más agujeros!” dicen algunos. Pero no se quejan. Están agradecidos de estar vivos.

II

Es el sexto día de viaje. Rosa está mirando el azul infinito del mar. Descubre que si mira el horizonte, su estómago está más calmo y su mente más clara. El agua brilla y el mar está relativamente tranquilo. Pero ... hay algo que quiebra la línea perfecta del horizonte, algo que no es un pez, porque no salta como los delfines o los peces voladores. Sí, allá hay ... Ni bien Rosa percibe la silueta de otro barco, la voz del capitán se escucha de inmediato:

— ¡Adentro todo el mundo! ¡Recuerden que éste es un barco pesquero!

Todos corren hacia abajo, atropellándose en las escaleras.

— ¡Qué desgracia, que nos persigan como a fugitivos! ¡No somos criminales! ¡Ni somos piratas!

Poco después, un enorme barco de color del acero, con la bandera de los Estados Unidos, les pasa cerca. Es dos veces más alto que el pesquero. Navega sereno, en línea recta, y las olas no parecen perturbarlo. Las dos embarcaciones se saludan, como dos viejos amigos: el pesquero con una bocina alta y estridente, y el buque responde con un tono bajo y profundo como una tuba. Los hombres uniformados de abordaje saludan a los “pescadores” que fingen estar ocupados con una red --vacía.

Después de cordiales saludos a distancia, el buque se aleja, pero las olas producidas por su masivo casco llegan hasta el pequeño pesquero, que se balancea con la carga ilegal y silenciosa que se agita en su interior.

Media hora pasa hasta que el buque está fuera de vista.

— ¡Pueden salir!— ordena el capitán.

— Vaya, ¡que susto nos dimos!

— ¿Y si se dieron cuenta y deciden volver?

— ¿Y si están informando ahora mismo a la guardia costera?

— ¿Y si fueron a buscar a un remolcador? ¿A un helicóptero? ¿A un barco más grande?

El capitán no hace caso a las exclamaciones de temor.

— Estamos pasando cerca del canal de Panamá, y hay barcos de todas las nacionalidades por aquí. No somos los únicos extranjeros que “pescan” por estos lados.

El séptimo día ya no hay comida. Como siempre, es Ramón quien anuncia la novedad.

— Muchachos. El capitán me manda a comunicarles que ... de ahora en adelante **habrá** racionamiento de comida. **Tendremos** que comer una vez cada 36 horas, y sólo hay arroz. Es lo único que pudimos salvar.

Un murmullo de desaprobación se escucha entre los pasajeros.

— Lo siento. Es todo lo que quedó después de aquella tormenta. Ah, y el agua también está escasa. **Deberán** compartir una botella de agua por día entre seis personas.

Esa noche, Rosa pasa hambre.

III

El octavo día es —según algunos bromistas— el “Día de la Rata”. El cielo está muy limpio y el sol extremadamente fuerte. Algunos sufren de “golpe de calor”, tiene fiebre y deliran. Se

improvisan algunos toldos en la cubierta para protegerse del sol, pues en la bodega hace cien grados de temperatura y no corre el aire. Rosa lleva siempre su sombrero. ¡Ah! ¡Cómo quisiera sentarse a la sombra de una palmera!

Un hombre, **a quien** el viaje lo afectó mentalmente, ve una rata, y convence a otros de que la fiebre no es por el golpe de calor, sino que sufren de la peste negra.

— ¡No los toquen! ¡Tienen la plaga!— dice el pobre hombre, refiriéndose a los enfermos.

— ¿Qué plaga hombre? ¿Se cree usted que estamos en la Edad Media? Es una rata nomás.

Mire, yo la cocino y la como.

Así diciendo, el hombre toma la rata por la cola y sale en dirección de la cocina. Los otros lo miran y escupen en el suelo.

El noveno día, al caer el sol, el capitán congrega nuevamente a los viajeros en la cubierta y, como antes, les habla desde un altavoz, para ser escuchado en todos los rincones. Les dice que si todo va bien, **llegarán** al día siguiente, pero que **tendrán que** prepararse para cualquier emergencia.

— La primer cosa que deben hacer es destruir sus documentos: documentos de identidad, partidas de nacimiento, licencias... cualquier papel con su nombre y nacionalidad, **deberá** ser destruido.

La gente lo mira incrédula.

— Si por desgracia alguno llega a caer en manos de la policía, nunca diga de dónde es, porque entonces **será** deportado, o deportada, a Ecuador o a su país de origen. Digan que son guatemaltecos.

El hombre guarda silencio para observar el efecto de sus palabras.

— Muy bien, al llegar a Guatemala, **serán** alojados en casas seguras, en un pueblo fronterizo que se llama Ciudad Hidalgo-Tecún Umán, que algunos le llaman simplemente *Tecumán*. Allí **esperaremos** la llegada del colega que **estará** a cargo de pasarlos por la frontera hacia México. Van a cruzar el río Suchiate, que no ofrece ningún peligro. Y ahora, busquen sus documentos y pónganlos aquí, en el centro de este comal. De ahora en adelante, cada uno **tendrá** una identidad diferente. ¡En Guatemala **serán** guatemaltecos, en México, **serán** mejicanos!

Uno a uno, los pasajeros van dejando sus identidades en el recipiente de metal hasta que éste se llena. Un tripulante pone un poco de kerosén, y echa un fósforo. ¡Buum! Una llamarada de fuego sube como una torre infernal. La gente se echa hacia atrás con el esplendor, y mira atónita cómo sus identidades se retuercen mientras son consumidas por la llama. La luz se refleja en las pupilas dilatadas de los hombres y las mujeres, hasta que todo queda reducido a cenizas y el viento las barre hacia el mar. El tripulante pide otra ronda de identidades. Y otra vez, todos se quedan mirando, alucinados por el fuego.

— Es la noche de las brujas— murmura alguien— ¡Me parece verlas danzando alrededor de la fogata!

— Es la noche de la inquisición— dice otro.— ¡Están borrando nuestra propia identidad!

Brujos, inquisidores y espectadores, todos tienen los ojos clavados en la enorme lengua de fuego. La quema de documentos sigue hasta pasada la medianoche, hasta que el crepitar de la llama es apenas un susurro.

El capitán pasa una lista de nombres comunes en Guatemala. Rosa elige para ella el nombre de “Rigoberta Xmam”.

— Tengo otra recomendación final— dice el capitán, cuando ya las últimas cenizas vuelan con el viento y se confunden con la espuma del mar.— Es mejor aprender de memoria los teléfonos o direcciones de contacto que llevan por escrito, y después destruirlos también. Así, si llegan a caer en manos de la policía ¡Dios no lo permita! o los roban, nadie **podrá** usar esos datos para sacarles dinero a sus amigos o parientes. Así ustedes tampoco **comprometerán** a ellos en los Estados Unidos.

Esa noche la gente se va a dormir con una sensación extraña. La falta de un papel que certifique que uno es uno los deja un poco perplejos y meditativos.

Más tarde los viajeros **recordarán** esta noche como “La noche de las brujas”.

IV

Al mediodía del décimo día divisan la costa de Guatemala. Pero deben navegar todavía por varias horas hasta llegar a su destino, que es una playa en el norte del país. Llegan de noche, la hora más propicia para quien debe entrar a un país extranjero sin permiso y a escondidas. El capitán no usa la radio, por miedo a ser interceptado por la policía local. Pero con un sistema de luces anuncian su llegada a las lanchas a motor que los están esperando a cierta distancia de la playa. Estas se acercan prontamente para trasladar a los pasajeros.

— ¡Llegamos, muchachos, llegamos!

— ¡Finalmente este viaje infernal llegó a su fin!

Ni bien cada lancha se llena con un grupo de diez, sale velozmente hacia la playa. Rosa, en la última lancha, va muy feliz mirando las estrellas y disfrutando del aire fresco de la noche tropical. Pero después de unos quince minutos, el motor se detiene. Puff puff puff...Y la lancha se para.

— ¿Y qué pasa ahora?

— No sé. Este motor me está dando problemas otra vez— dice el hombre que pilotea la lancha. Trata de arrancar otra vez, pero el motor no responde.

— ¿No le falta gasolina?

— No. Es un problema mecánico.

De pronto, iluminado por la luna, un enorme bulto se ve surgir del agua, al lado de la pequeña embarcación, y se sumerge otra vez.

— ¿Qué fue eso?

— Un tiburón— dice el lancharo.

Un escalofrío corre por la piel de los viajeros.

Ahora hay varios bultos que salen y se sumergen otra vez en el agua oscura.

— ¡Este lugar está infestado de tiburones!

— ¡Y están nadando debajo nuestro!

— ¿Y qué? ¿Vamos a quedarnos aquí? ¿No puede usted llamar para pedir auxilio?

El hombre que está hablando no puede ocultar el tono de terror en su voz.

— No, no podemos usar la radio. Pueden interceptar la llamada, y descubrirnos. Pero voy a usar el celular.

El lancharo presiona los números varias veces, pero no hay respuesta.

— ¡Maldito teléfono! ¡Maldito país! ¡Aquí no hay recepción!

Usa entonces la linterna y manda señales a las lanchas que van más adelante. Pero nadie allá percibe las señales luminosas, porque nadie mira para atrás. Todos tienen sus ojos fijos en la querida costa.

Las luces de las otras lanchas se alejan, inexorablemente, cada vez más rápido, cada vez más pequeñas, hasta que son apenas unos puntitos que desaparecen en la bruma nocturna.

— ¿Y usted no tiene un arma para defendernos? – vuelve a insistir el hombre de la voz angustiada.

— Sí, pero quédese tranquilo. No va a pasar nada – dice el lancharo, mientras abre su chaqueta y muestra el revólver que lleva en la cintura, para apaciguarlo.

— ¡Úselo, pues! – dice el otro.

— Le digo que no es necesario. Puede ser peor.

Pasan unos minutos de calma tensa. A todos los toma de sorpresa cuando el hombre, claramente dominado por el pánico, se arroja sobre el lancharo y le quita el arma. Cuando está apuntando a la cabeza del tiburón, el lancharo le grita:

— ¡No le tire, no le tire!

Pero ya es tarde. El hombre ha descargado varias balas en la cabeza del tiburón. Este se revuelve en un torbellino de agua y sangre. El lancharo trata de sacarle el arma al descontrolado, y otros lo ayudan. La embarcación está inclinándose peligrosamente hacia un lado.

— ¡Siéntense! ¡Cuidado! ¡Vuélvanse!

Las mujeres gritan. Los hombres blasfeman. El lanchero rescata su arma y da un golpe sobre la cabeza del hombre, y entre varios consiguen controlar al imprudente. Le atan las manos y los pies.

El tiburón no se ve ahora, pero la enorme mancha de sangre que flota en la superficie y el movimiento en el agua que produce un cuerpo agonizante es más enervante que el animal vivo. El lanchero explica que el olor a sangre y las vibraciones inusuales en el agua van a atraer a más tiburones.

Efectivamente, en pocos minutos, más bestias marinas se acercan a la embarcación, llamadas por el olor y el movimiento, en un frenesí de caza. La presencia de los animales se siente en el piso de la lancha, que se sacude a cada golpe. Están abajo, atrás, adelante, a los lados, cercándolos. Sienten su presencia.

– Creo que van a esperar con paciencia. A esperar para ver si alguno de nosotros cae al agua – dice uno.

– Ya escuché que los tiburones pueden dar un salto extraordinario y aterrizar en la lancha... – agrega otro.

– ¡No diga tonterías, hombre! Los tiburones no hacen eso.

–Pero... ¿ya les vieron los dientes? ¿Y si le arrancan un pedazo a la lancha?

– ¡Cállense la boca! ¡Los tiburones no comen carne humana!

– Tal vez. Pero esta noche quieren vengarse.

Capítulo III: Tecún Umán

Grammar #5: The Subjunctive. Part I (with “cuando”)

Grammar #6: Diminutive and Augmentative

Grammar #7: Possessive Adjectives

Grammar #8: Use of “Vosotros”

I

Varias camionetas, discretamente estacionadas entre la vegetación cercana a playa, ya están puntualmente esperando a los pasajeros. Todas están cerradas con una lona, y así el corto viaje hasta las nuevas residencias en Tecún Umán se hace sin el menor riesgo. Los viajeros, exultantes de felicidad de poder andar en tierra firme, se acomodan en el piso del vehículo. El horror del barco, y el mar traicionero quedó finalmente atrás.

—**Cuando vuelva** de los Estados Unidos a Ecuador, voy a tomar un avión, compañeros. ¡En primera clase! —dice alguien.

—¿Sí? ¿Se puede?

—Claro que se puede. La estúpida visa no es necesaria para salir, ¿no sabía?

—Sí, como dice el dicho —agrega otro—. “Para bajar la montaña todo santo ayuda”.

Una a una las *picops* van dejando su carga humana en diferentes viviendas. Son diez en total, y cada una puede albergar a unas veinte personas, distribuidas en diferentes cuartos y divididas por sexo.

El jefe de la operación “casas seguras” entrega su carga a la última casa. El júbilo es general. Pero no se demoran mucho en celebraciones porque todos tienen una prioridad: llamar a sus familias.

El servicio del teléfono, naturalmente, no está incluido, excepto para llamadas a cobrar. Cada cual espera su turno para llamar a su familia. Las lágrimas corren por el rostro de muchos, y el aire ya está saturado de emoción por los besos y abrazos mandados a distancia.

Mientras tanto, el hombre paga al dueño de la casa por el servicio. Éste cuenta el dinero y se queja:

—Me dijiste que me ibas a traer veinte. Aquí hay sólo diez “pollos”.

Sólo entonces el otro recuerda que no contó las lanchas que desembarcaron en la playa, como le dijeron. Vuelve al lugar de desembarque, pero ya no hay nadie. Desesperado, el hombre hace señales con su linterna en dirección al mar. A la distancia, una luz le responde, encendiéndose y apagándose de forma intermitente, pidiendo socorro. ¡No hay duda que es la lancha perdida! Vuela nuevamente al pueblo y después de una angustiada búsqueda encuentra a un lanchero que puede socorrerlos.

Cuando se acercan a la lancha abandonada, los tiburones ya desaparecieron, cansados de la caza frustrada. Pero el miedo aún se puede ver en las caras lívidas de los pasajeros. Sólo el maniático que disparó al tiburón está relajado, en el piso de la lancha, bajo los efectos de una doble dosis de valium que el lanchero le obligó a tomar.

Los hombres atan una soga a la embarcación y lentamente la llevan a la playa. Con las piernas aún temblando de miedo y de frío, los diez rescatados del mar se meten en la camioneta, agradecidos. “Los tiburones en su elemento, y nosotros en **el nuestro!**” piensa Rosa. Y ahora, con el corazón más leve, espera con optimismo la nueva etapa del viaje.

Ya en la nueva vivienda, Rosa corre al teléfono cuando es el turno de ella para usarlo. Su madre vive en un tráiler, como la mayoría de los inmigrantes que trabajan en una granja de los Estados Unidos. Llama al número que tiene bien memorizado, pero nadie responde en la granja. Son las dos de la mañana.

La casa tiene dos pequeñas habitaciones, una para los viajeros y otra para los dueños. La habitación de huéspedes es en realidad un **cuartucho** con una sola **ventanita** un poco baja que da al patio y éste limita con un arroyo. Allí se alojan siete mujeres. Los comentarios cómicos y en diálogos paralelos, donde todas hablan y se escuchan y replican al mismo tiempo, transforman el pequeño cuarto en una ruidosa pajarera.

—¡Siete camitas, como en los cuentos de hadas...! —observa una. —Y aquí en el medio de todas la ponemos a Rosa. Rosita. Éste espacio es **tuyo**.

Rosa mueve su **hermosísimo** pelo negro que le llega a la cintura, y acepta el ofrecimiento.

—Este lugar cerca de la puerta es **mío** —exclama otra —Yo voy mucho al baño de noche y no quiero andar pisando la cabeza de nadie.

—Muy bien, señora. ¡Es **suyo**! Pues a mí me este **lugarcito** lejos de la ventana —dice una tercera. — no sea que alguien entre por la noche para robarme...

—¿A tí? ¿Quién te va a robar? **Cuando lleguen** a la esquina y **te vean** a la luz del farol... ¡te van a traer de vuelta!

La risa de las mujeres suena como lluvia golpeando en un techo de zinc.

—¡Y a ti tampoco! ¡**Cuando te sientan** el olor, te botan en el arroyo! ¿Cuándo te bañaste???

—¿Y tú? ¡Tú sí que estás mugrienta!

Poco después una mujer robusta, de brazos gruesos y rostro traspirado, aparece en el cuarto de las mujeres, limpiándose las manos en el delantal.

—¡Buenas noches *madames*. Yo soy la cocinera. Me llamo Blanca. Estoy calentando la cena para ustedes; en cinco minutos pueden pasar a la sala-comedor. Mientras tanto, voy a darles las reglas de la casa. Necesito ayuda para limpiar la cocina, el baño, a traer la leña, a regar la huerta y a alimentar a los animales.

Enseguida, las mujeres se distribuyen las tareas de acuerdo al gusto de cada una.

—Rosa, ¿no quieres cuidar de los animales y yo hago el baño? Hay un **perrazo** ahí afuera que no me gusta nada. Le tengo pánico a los perros. Pero ustedes los huoranis crían perros, ¿no? — dice una mujer.

— Sí, para la caza. No les tengo miedo. Si usted quiere, yo me quedo con los animales y el baño es todo **suyo**.

—¡Trato hecho!

—Y ahora, ¡A dormir! —ordena Blanca —¡**Que descansen**, *madames*! Mañana será otro día.

En este y en los otros albergues donde descansan los doscientos pasajeros no se escuchan gritos de angustia como en el barco. El sueño baja dulce como una canción de cuna.

A las ocho de la mañana Rosa finalmente consigue hablar con su mamá.

—¡Hijita, soy yo!

—¡Mamá, por fin!

—Ay, mi amor, Rosita de mi alma, mi vida, ¿estás bien? ¿Dónde estás, mi cielo?

—Sí, estoy bien. Estoy en Guatemala en una casa...¿Y usted mami, está bien?

—Sí, mi amor. **Cuando vengas**, voy a prepararte un pastel de bananas, como el aquél que te gusta tanto. ¿Recuerdas, mi niña?

Rosa trata de recordar. La última vez que su madre le hizo un pastel de bananas fue **hace seis años**, antes de irse para el Norte. Rosa recuerda la forma del pastel, y hasta el color **amarillento** y marroncito de aquél rico azúcar quemada; pero los años borraron de su memoria el olor y el gusto.

II

El perro se llama Conde y realmente es muy feroz.

Durante el día el terrible Conde está atado, pero a la noche lo dejan suelto en el patio, que está cercado. Rosa va a la cocina a buscar la comida del perro y la pone en un recipiente de metal. Blanca le advierte: “No te acerques al perro, porque puede comerte la mano. Deja el plato cerca de él y sal corriendo!”

Extraña manera de alimentar a un animal, piensa Rosa.

Deja el recipiente en el porche de la casa y va a sentarse en el suelo, a una prudente distancia del perro. El Conde le gruñe, le muestra los dientes, y le ladra hasta quedar afónico. A cada gruñido, Rosa le responde con otro. Después le sonrío, le habla y hasta le canta. Vuelve a buscar el plato. Lo pone entre sus piernas y finge estar comiendo. Luego le silba. Es un silbido largo y agudo, que los Huaorani usan en la selva para llamar a sus perros de caza. Rosa le tira un hueso, después otro, y otro. Antes de cada hueso, le silba. El perro pronto aprende que esto significa comida, y que la comida viene de este nuevo ser humano que está frente **suyo**. Finalmente, cuando ya percibe que ganó la confianza de la bestia, Rosa se acerca y le pone el plato todavía lleno de comida directamente debajo de su **cabezota**. Y allí se queda esperando. Cuando el Conde termina, le trae agua. El perro bebe con ganas, mientras Rosa le acaricia el cuello, lo rasca detrás de las orejas y conversa con su nuevo amigo.

Ya pasaron cuatro días de espera. Don Zabala, el coyote jefe de la operación que debe llevarlos a la frontera, llega una la mañana con dos asistentes para hablar con sus clientes. Después de presentar a sus compañeros les explica el plan:

—La frontera con México están bien **cerquita** de aquí. Hay que cruzar un río pequeño, el Suchiate, y del otro lado está Ciudad Hidalgo. De ahí los vamos a llevar en diferentes *picops* hasta otro pueblo, Tapachula, para tomar el tren. Este tren cruza México, de sur a norte. En un día nomás llegan a la frontera.

—¿Y cuándo salimos para cruzar ese río Suchi... —pregunta una muchacha.

—Suchiate.

—Ése.

— Hay que esperar unos tres o cuatro días más. Paciencia señoras.

Las mujeres protestan, dicen que no pueden estar presas entre cuatro paredes todo el día, que necesitan salir a comprar algunos objetos personales.

—Este es un lugar peligroso —dice don Zabala. —Es un nido de traficantes de drogas, de armas, de mujeres, de falsificadores de documentos, hasta de prostitución infantil... Hay todo tipo de bandidos y criminales por aquí. Y la policía no hace nada. Créanme que ustedes están mucho más seguras en esta casa.

—¡Pero aquí no hay ni jabón! —protesta una.

—Y yo necesito comprar tarjetas de teléfono para llamar al exterior. —asegura otra.

—Bueno bueno,—accede el hombre, finalmente. —Si necesitan ir de compras, pueden hacerlo, pero tengan **muchísimo** cuidado. No salgan todas juntas, para no llamar la atención. Y tampoco salgan solas. ¡Y nunca salgan de noche! ¿De acuerdo? De aquí a un par de días vuelvo para comunicarles cómo van las cosas.

Mientras don Zabala les da las últimas recomendaciones, uno de sus asistentes observa a Rosa con insistencia. La chica lo nota y trata de ignorarlo. Finalmente los tres hombres se despiden de los dueños de casa y sus huéspedes.

Poco después, las mujeres también salen, caminando de dos en dos, con sus listas de compras: jabones, pasta de dientes, tarjetas de teléfono y una que otra golosina. Rosa prefiere quedarse, y les pide a sus amigas un jabón y un chocolate. Dice que quiere descansar. En realidad, la muchacha tiene otros planes.

La vivienda de Rosa, así como las otras, está en las afueras del pueblo. Frente a la casa, en las zanjas a los lados de las calles de tierra, hay un agua estancada y fétida donde perros y puercos se disputan algún resto de materia orgánica. Pero detrás de la casa, donde termina el patio, hay un arroyo, y más allá, una selva, que se puede ver desde la ventana. ¡Cuánto hace que Rosa no corre por el monte, que no respira el aire de los hondos bosques, que no se sienta quietita bajo un árbol a mirar el suave balanceo de las ramas. Allá no hay peligro —razona Rosa; —el peligro, como dijo don Zabala, está en la ciudad.

Los dueños de casa están durmiendo y la cocinera ya se fue. Es el momento que la muchacha esperaba para salir. Va directamente a desatar al perro.

—Hoy te voy a llevar a pasear, Conde, pero debes portarte bien. Cuando yo te llamo así, silbando, tú vienes inmediatamente. ¿De acuerdo?—dice Rosa, mientras practica un silbido corto y penetrante. El Conde parece entender —¡Vamos entonces!

Perro y niña cruzan el arroyo saltando de piedra en piedra. Corren por la milpa, y en pocos segundos están en la selva. Siguen por media hora por un **caminito** bien marcado hasta llegar a un lugar de árboles centenarios, y allí paran a descansar. Las broméleas, las orquídeas y los helechos cuelgan de las ramas igual que en “su” selva, y aunque son de una variedad ligeramente diferente, el parentesco es evidente.

Para Rosa, la naturaleza es su religión y la selva, su templo.

Mientras tanto el Conde persigue a algún animalito que se escapa y desaparece en lo alto de un árbol. Las orejas alertas y los músculos tensos, listos para dar un salto, el perro también está en su elemento. Cuando Rosa le silba él llega al galope y se echa a sus pies, hasta que vuelve a salir como una flecha detrás de otra presa.

Ya pasaron varias horas, y deben marcharse. El Conde aprendió mucho ese día, especialmente aprendió a obedecer: “corre”, “ven”, “síntate”, “agárralo”, “déjalo”, “no lo mates”, fueron algunos de los varios comandos que Rosa le enseñó con gran habilidad.

III

La mesa de la sala es larga y estrecha. A cada lado, largos bancos de madera pueden acomodar a más de una docena de personas. Esa noche son trece: los dueños de casa, las siete viajeras, don Zabala con sus dos asistentes, y el cura español que trabaja con la Alianza Católica de Tecún Umán.

—Disculpen la demora —dice el coyote—. Es que tuvimos que visitar a todas las viviendas donde están alojados los otros. El Padre Javier tuvo la bondad de venir también, porque quiere darles la bendición. Mañana a la noche partimos.

“¡Qué bueno!” “¡Qué alivio!” “¡Por fin!” “¡A Dios gracias!” —salen los gritos en espontánea alegría.

—Bueno, calma mujeres, ¡esto parece un gallinero!—dice una. —Dejemos hablar a don Zabala y al Padre. Y gracias por venir, Padre Javier... Usted no sabe cuánto lo apreciamos.

—Sí, sí, gracias Padre —responden todas en coro.

—Queridas hermanas. El viaje es largo y peligroso —dice el sacerdote—. Dios **os** protegió y sé que **os** va a seguir protegiendo. La iglesia no está en contra de las leyes de inmigración de cada país. Pero tampoco acusa a aquellos que necesitan emigrar para poder ayudar a las familias que dejan atrás. El alimento, la salud, la educación y el derecho a tener un trabajo digno, son parte de los derechos humanos. La Alianza Católica de Tecún Umán está con los derechos humanos, por eso, está con **vosotras**. Y ahora, **oréis** conmigo “Padre Nuestro que estás en los Cielos...”

Todas las voces acompañan al cura con la oración.

—Y ahora, queridas hermanas, quiero bendecir **vuestro** viaje y **bendeciros** a cada una de **vosotras**.

Hoy es el tan esperado día de la partida, y todas están ansiosas para empacar sus cosas. Pero las campanas de la iglesia ya llaman para la misa del domingo.

—¡Niña! ¿Y qué haces con esos jeans? Ponte una falda y una mantilla en la cabeza, y ven a la iglesia con nosotras—dice una de las mujeres a Rosa.

—Yo voy más tarde. **Ahorita** tengo que llamar a mi mamá, porque hoy domingo y ella está en la oficina del patrón, esperando mi llamado.

Las mujeres salen. Rosa suelta al perro y luego va a la sala para llamar a los Estados Unidos. Por suerte su mamá estaba ya al lado del teléfono, pero la conversación es corta porque Rosa sólo tiene unos pocos minutos en la tarjeta.

—¡Cuidate hija! —solloza Alba Dayuma del otro lado del teléfono.

—No se preocupe, mamá. Todo va a salir bien. ¡Pronto estaré allí con usted!

Rosa cuelga. Quisiera estar allá en este momento. Percibió debilidad y cansancio en la voz de su madre, nada típico en ella, mujer enérgica y decidida, y la muchacha queda preocupada. Vuelve al cuarto para terminar de empacar.

No son las ocho todavía, y hace un poco de frío, pero Rosa necesita ventilar el cuarto. Abre la ventanita y deja entrar la brisa y el sol de la mañana.

La muchacha está poniendo la ropa en el suelo, para doblarla y acomodarla en la mochila. La luz del sol se oculta por un momento. Rosa se da vuelta hacia la ventana, y ahí está otra vez el sol. *Una nube pasajera*, piensa. Otra vez, la luz disminuye en el cuarto. Esta vez, el contorno de un cuerpo proyecta su sombra opaca sobre la ropa blanca extendida en el suelo. Rosa mira otra vez hacia la ventana. Su corazón da un salto. El asistente del coyote la está mirando con una sonrisa idiota en su cara.

—¿Por qué no me abres la puerta, así entro y podemos platicar un poquito? —dice el hombre.

—No puedo abrir la puerta a nadie. Son órdenes de los patrones.

—¡Qué pena!, entonces voy a tener que entrar por la ventana —dice, mientras mete una pierna dentro del cuarto y después la otra.

—¡Ni piense! ¡Usted no puede entrar aquí! ¡Salga! ¡Salga! —le grita Rosa.

—No seas tonta. Quiero platicar nomás contigo.

El hombre ya está adentro del cuarto, y deja el rifle apoyado en la pared, cerca de la ventana. Rosa quiere salir por la puerta que lleva a la sala, pero él la agarra fuertemente por el pelo.

—Mira, quiero un besito nomás, no seas mala, no seas malita. Dame un beso nada más.

—¡No quiero, no me toque, váyase!

—Si te resistes es peor, te lo digo, es peor. Es mejor ser buena conmigo, ¿entiendes?

El hombre quiere abrazarla. La muchacha lo pellizca con fuerza en la parte anterior del brazo, entre el codo y el sobaco, como hacía cuando peleaba con sus primos.

—¡Ay, maldita seas, me hiciste doler!—exclama el hombre, que ahora está furioso. Rosa se defiende como un animalito salvaje. Pero el hombre la tira al suelo y la inmoviliza. Quiere arrancarle la blusa con una mano, y con la otra intenta taponarle la boca. La muchacha le agarra los dos primeros dedos y los dobla hacia atrás. Esto duele, y el hombre afloja la mano. Rosa grita, mientras clava su rodilla huesuda entre las piernas del hombre. Este larga un gruñido. Ella grita más fuerte, y él le da una bofetada. ¡Cállate, te digo! ¡Me pones nervioso! Además, no hay nadie aquí, no hay un alma en esta casa. Bueno, grita si quieres. ¡Nadie te va a escuchar, tonta!

Rosa grita con toda su fuerza. El hombre ya está encima de ella y le rasgó la blusa. No percibe que la luz se ocultó por un segundo. Un enorme y masivo cuerpo marrón, como un bólido, se lanza a través de la ventana y se tira con todo su peso sobre la espalda del intruso.

—¡AhgggAhggg!—grita el hombre en terror, y se vuelve hacia un lado. Rosa se levanta de un salto y ve la sangre que corre por el cuello del hombre.

—¡Basta! ¡No lo mates! — exclama Rosa.

La bestia no hace caso, y muestra su enorme boca llena de baba y la sangre entre los colmillos afilados. La chica corre a un rincón del cuarto, silba su silbido corto y profundo y le dice en voz enérgica:

—¡Déjalo, Conde! ¡No lo mates!

El Conde deja a su presa y obediente se echa a los pies de Rosa. El hombre, mareado y curvado del dolor, camina a los tropiezos hasta la ventana y agarra el rifle. Temblando y sangrando, apunta el arma al perro. Rosa corre hacia el hombre y desvía el arma. Ésta se dispara. Nunca sabrá ella si fue su mano, o la mano del hombre, o la mano inteligente del Destino. El hombre cae, inerte, en un charco de sangre, y Rosa sale corriendo hacia fuera, con el perro detrás de ella.

IV

Dos mujeres vienen cargadas con sus preciosas compras: artículos de higiene personal, pan dulce, galletas, botellas de agua y otros productos esenciales para el próximo viaje. En el camino encuentran a otras dos.

—¿Saben la última noticia?

—No. ¡Cuéntenos!

—Parece que no podemos ir esta noche, compañeras. Nos acaba de decir don Zabala que el paso por el río ese ... Suchi... algo así, está cerrado.

—¿Cerrado? ¿Cómo pueden cerrar un río?

—No ¡no es el río que está cerrado, mujer! Es el camino que va hasta el pueblo, en la otra orilla. Dice que alguien informó a los patrulleros de Chiapas que iba a pasar un grupo clandestino. Es decir, ¡nosotros! Y ahora está plagado de soldados del ejército. Dice que Chiapas, del otro lado, es el primer filtro del tráfico de inmigrantes.

—¿Y qué les importa a los mexicanos si nosotros pasamos por su país? ¡A nosotros no nos interesa México para nada! ¡Nadie quiere quedarse en México!

—Pues claro que no nos interesa. Pero el gobierno tiene órdenes, parece que de los Estados Unidos, de no dejar pasar por México a gente indocumentada de Centro América, o de otros países.

— ¿Por qué?

—Pues, porque saben que el destino final es los Estados, ¿entiendes? Por eso, patrullan más ahora.

— ¿Y por qué México tiene que obedecer a los Estados Unidos?

—¡Qué pregunta! ¿Nunca escuchaste el dicho de que “el pez grande se come al chico?”

—¡Ándale! Tienes razón. ¿Y por dónde dice don Zabala que vamos a cruzar, entonces?

—Pues fíjate que no sé, no entendí. ¿Tú entendiste? —le pregunta a la otra.

—Habló de una ruta alternativa, y dijo que iban a mandar otro autobús para llevarnos a todos a ese otro lugar de cruce. Creo que queda a un día de viaje de aquí. Es bien lejos, pero es seguro, dice. Pero... ¡mira quién viene allá corriendo como una loca!

—Es doña Blanca. ¿Qué le pasa que viene tan descontrolada?

—¡Una verdadera tragedia, muchachas!—les dice Blanca —Se llevaron al asistente de don Zabala casi muerto, de tiro de bala. ¡Y lo encontraron en el cuarto de ustedes!

—¿En nuestro cuarto? ¿Y qué hacía él allí? ¿Y adónde lo llevaron? ¿Quiénes lo llevaron?

—¡No sé qué hacía allá! Lo llevaron a otra casa, los patrones. No pueden llevarlo al hospital porque allá van a querer investigar... saber quién es, qué hacía, dónde estaba, y todo eso. Y ustedes saben que aquí nadie puede decir nada ¡Las autoridades no deben meterse en nuestro negocio!

Horas más tarde, cuando ya saben que el hombre sobrevivió, y cuando el cuarto ya está limpio de todo resto de sangre, las mujeres notan la ausencia de Rosa y del Conde.

—Hay que salir a buscarla —dice el dueño de casa —. Debe estar ahí del otro lado del arroyo, con el perro. Un vecino los vio salir corriendo después de que se escuchó el disparo.

Rosa y el Conde estaban escondidos desde hace horas detrás de una piedra, y no demoran mucho en encontrarlos. Al Conde lo atan, y a la chica la llevan a la casa. La interrogan, y ella cuenta lo que sucedió, entre sollozos que la sofocan.

—¡Ya le veía cara de pervertido a ése —dice una de las mujeres, dándole un clinex a Rosa para que se limpie la nariz.

—¡Bien hecho, Conde! —dicen otras, mirando por la ventana hacia el perro.

Rosa agradece, todavía llorando, y luego se va directamente a la cocina. Toma un cuchillo, uno muy afilado, aquél que Blanca usa para cortar la carne. Es un cuchillo pequeño pero infalible. Se encierra en el baño y se mira en el espejo. Con una mano levanta el pelo que está pegado a su cuello por la transpiración, y con la otra mano sostiene el cuchillo con fuerza. Las lágrimas le caen de los ojos como ríos. Con mano firme corta uno a uno todos los mechones de su hermoso cabello negro. Los corta con furia y determinación, pero prolijamente, hasta no dejar más que un centímetro de pelo en la cabeza. *¡Nadie me va a agarrar por atrás ahora!* Junta el colchón de cabello que quedó a su alrededor y lo mete en el basurero. Detrás de la puerta encuentra un sombrero de campesino, viejo; lo pone en su cabeza y vuelve a mirarse al espejo.

—¡Hija! ¡Qué hiciste! — gritan alarmadas las mujeres cuando entra Rosa en la sala, con los ojos rojos y la expresión desafiante.

— Desde hoy no soy más Rosa —anuncia la muchacha. Su seriedad deja a las otras sin palabras.
—Mi padre se llamaba Eugenio Dayuma. Y él está muerto. ¿saben? Ahora **yo** soy Eugenio Dayuma. Un huaorani, de la familia de los guerreros— agrega, mientras muestra el cuchillo en su cintura.

La figura menuda y frágil de Rosa y su expresión solemne despierta ternura en las compañeras. Quisieran abrazarla en un gesto maternal. Pero no lo hacen. Una apenas le dice:
—Te ves bien con ese corte.

Capítulo 4: Cinco de octubre

Grammar #9: Direct and Indirect Pronouns together

Grammar #10: Use of “vos”

I

Hace una semana que lo rescataron a Ernesto. Lo encontraron a diez metros de profundidad. Cuando lo sacaron, el muchacho estaba con hipotermia, deshidratado y débil, pero vivo.

Pasó algunos días en el hospital San Cristóbal de las Casas. Hoy salió, y Luis lo invitó a cenar. —Mira Ernesto. Aquí tienes trescientos dólares. Es poco, considerando lo que pasaste, pero eso es todo lo que me dio el seguro.

—¿Y qué pasó con la excavación?

—Por ahora el proyecto está suspendido; hay que hacer muchas reparaciones antes de continuar, y va a demorar varios meses, así que tú estás libre para continuar tu camino. Pero ¿estás seguro de que viste una momia?

—Segurísimo.

—Bueno. Este año va a haber una conferencia sobre la civilización maya aquí en San Cristóbal. Voy a presentar el caso.

Los dos se despiden con un abrazo, y Ernesto se va directamente a la estación de autobús, donde compra un pasaje y cambia unos dólares por quetzales². Separa un poco de dinero, y pone el resto dentro de sus zapatos de tenis, la mitad en cada uno. Mientras espera el autobús, llama a sus padres. Les cuenta, entre verdad y mentira, que ganó trescientos dólares como arqueólogo, pero no les da más detalles. No quiere preocuparlos. Y les dice que ahora se va a Guatemala, a visitar otra Esperanza. Los padres saben que ya es inútil tratar de sacarle la idea de la cabeza, y apenas le dice: “Cúidate, Ernesto”

II

El autobús sube trabajosamente la montaña, pasando por un magnífico paisaje de picos rocosos. Desde arriba Ernesto observa las numerosas aldeas a la orilla de los ríos que, allá abajo, cruzan valles verdes y refrescantes.

—¡Qué bonito debe ser vivir allá en los valles!—dice Ernesto al joven maestro de escuela que está sentado a su lado

—Sí, bonito... de veras. ¡Y ahora podemos volver a nuestras aldeas!

—¿Volver de dónde?

El muchacho le cuenta, en voz baja, cómo su familia escapó de los soldados que quemaron su aldea y mataron a su gente, cuando él era pequeño; cómo anduvieron por esos interminables caminos, días y noches, en largas caravanas de familias, hasta llegar a un campo de refugiados en México; y cómo vivieron en el exilio por casi diez años, durante el período de “La Violencia”.

—¿Pero por qué los soldados atacaban las aldeas?

—Pues ... decían que éramos comunistas, enemigos de la patria, que ayudábamos a los guerrilleros, que estábamos contra el gobierno. Pero no era verdad. Nada de eso era verdad.

¡Para agarrar a un guerrillero de verdad, mataban a miles de inocentes!

—¿Miles?

—Doscientos mil, desde que empezó la violencia.

—¿Pero por qué nunca lo vimos en la televisión en mi país?

—¡Eso es lo que yo me pregunto! ¡Por qué el mundo nos ignoró!

² Quetzal es la moneda de Guatemala

—¿Y ahora...?

—Ahora dicen que es seguro volver a nuestras aldeas y a nuestras tierras —dice el muchacho—. Nos prometieron que va a haber paz. Vamos a ver... Pero tú... ¿a qué vienes aquí, si eres del Norte?

—Yo busco a mi familia —dice Ernesto. —Creo que son de Esperanza, cerca de Quetzaltenango.

Y también me gustaría conocer las ruinas mayas de Tikal.

—Entonces debes bajarte en Huehuetenango, y tomar otra camioneta para el este y después para el norte otra vez. ¡Es lejos! Yo también voy para aquella dirección. Voy a Alta Verapaz.

Ernesto y el maestro de escuela deben cambiar de autobús varias veces, pasando por ciudades y pueblos de nombres extraños. Muchas horas más tarde llegan a un cruce de caminos donde hay un cartel que señala, a un lado para Chisec, y a otro lado para Caabón. El conductor sigue para Caabón.

—¡Eh! ¡Pagamos para ir a Chisec primero!—dice un pasajero.

—Lo siento. Hay órdenes de seguir a Caabón.

—¿Órdenes de quién?

—Del Teniente Cachán. Parece que hay problemas en la ruta que va a Chisec.

A pocos metros, el autobús para. La ruta está bloqueada por un vehículo militar y varios soldados con armas.

— ¡Bajen todos! —grita uno.

Uno a uno, todos bajan en silencio.

—¡Virense, mirando hacia la camioneta —manda otro —y levanten los brazos!

—¡Saquen sus documentos de identificación y ténganlos en alto, en la mano derecha!—ordena un tercero.

—¿Qué quieren los soldados? —pregunta Ernesto discretamente a su compañero de viaje, mientras saca el pasaporte de una bolsita que lleva colgada al cuello, debajo de la camisa.

—Están buscando a alguien —dice el otro muchacho—. O armas. No sé. Pero no tengas miedo. Tú eres “gringo” y no te van registrar.

Los soldados revisan a los pasajeros en busca de armas y examinan sus documentos.

— Todo en orden. ¡Suban ahora! Pero **vos**, no. ¡**Vení** aquí!

El corazón de Ernesto da un salto.

—¿Yo?

—Sí, **vos**. **Vení** aquí. No te **hagás** el tonto ¡Ahora **subite** a aquel carro!

Un miedo enorme le aprieta la boca del estómago. Ernesto no tiene idea de cuál puede ser su crimen. En el carro, le atan las manos detrás de la espalda.

No mucho tiempo después el vehículo para frente a un edificio con el nombre de Zona Militar 21.

—¿Parece que hay novedades?—pregunta el teniente, cuando bajan a Ernesto.

—Creemos que éste tiene un pasaporte falso, mi teniente. Seguro que lo robó de algún gringo y cambió la fotografía. **Se lo** trajimos para ver qué piensa usted.

—Pero señor, ¡No lo robé! ¡Es mío! ¡Yo soy americano! —protesta Ernesto.

Uno de los soldados lo golpea en la cara.

—Revisen sus bolsillos y métanlo en la celda—dice el teniente—Mañana voy a interrogarlo. ¡Y **vos**, **callate** ahora, si no, vas a recibir otro!

III

Todavía con las manos atadas, meten a Ernesto dentro de una celda oscura. La puerta se cierra y el clic del candado le asegura a Ernesto que de allí no podrá escapar.

Apenas unos finos rayos de luz entran por los barrotes de una ventanita cerca del techo.

Ernesto nota entonces la presencia de otro preso. El otro se acerca y le ayuda a desatar la soga.

—Gracias amigo—dice Ernesto. Le duelen las coyunturas y le tiemblan las manos. Cuando se acostumbra a la oscuridad, ve que el otro es un chico muy joven, tal vez de doce o trece años, que parece muy débil. Ernesto le da agua —pues siempre lleva agua en una botella colgada de su

cintura. Después encuentra un chocolate en su bolsillo y **se lo** ofrece al chico. Éste **se lo** come en un instante, y sus ojos brillan con lágrimas.

—Gracias hermano.

Cuando el pequeño rectángulo de luz desaparece por completo, el chico comienza a hablar. Se llama Miguel Coy. Pronto le cuenta a Ernesto, casi susurrando, que esa mañana los soldados invadieron su aldea y mataron a mucha gente. Su familia pudo escapar, pero él no.

—Pero ¿por qué? —pregunta Ernesto —¿No es que acabó la violencia?

—No sé. Mi familia y yo, y otros que estuvieron con nosotros por unos años en el campo de refugiados en Chiapas, estábamos celebrando el primer año del retorno en nuestra comunidad, Xaman, en Chisec. Organizamos una fiesta muy bonita, con partido de fútbol y todo. De repente entraron los soldados. Nosotros no teníamos armas, estábamos sólo celebrando. Pero uno de los nuestros comenzó a discutir con ellos, y agarró el caño del fusil de un soldado, mientras le decía “¡váyense de aquí!” Y ahí empezó la matanza ¡Comenzaron a tirar en nosotros! ¡Yo vi a un patojo de ocho años, Santiago ... le tiraron primero en el brazo, después un soldado lo persiguió y le dio un tiro en el pecho y otro la cabeza. ¡Yo lo vi! ¡A la hermanita de él, Maurilia, también la mataron!

Miguel se cubre los ojos y comienza a llorar.

—Mi papá nos agarró a todos y salimos corriendo. Pero yo volví porque no quería dejar a mi perro, y fue allí cuando los soldados me agarraron y me trajeron aquí.

El chico continúa, desconsolado, dando detalles de la matanza.

Ernesto escucha sin hablar. Un dolor amargo le aprisiona la garganta. Esa noche del 5 de octubre de 1995 es la noche más triste de su vida.³

El piso de tierra de la celda es frío y duro como un cemento. Ernesto encuentra una cobija en un rincón, pero Miguel le advierte que está llena de unos insectos diabólicos que se agarran a la piel de los humanos. Ernesto se acuesta el suelo, lejos de la cobija, y trata de dormir. El silencio es absoluto, pero el mal olor de la celda lo deja despierto. ¡Nunca en su vida estuvo tan despierto! En el lúcido estado del insomnio, **se le** ocurre un plan.

IV

A la mañana siguiente un soldado abre la puerta y manda a Ernesto a otro cuarto. El teniente comienza la interrogación. Ernesto está preparado. Mira rápido el lugar donde está y descubre su mochila en una mesa.

—¿Y a quién le robaste ese documento?—dice el hombre, agitando el pasaporte frente a la cara de Ernesto.

—No lo robé—dice el muchacho, pronunciando la “r” con aquel acento inglés que él sabe imitar tan bien.

—**Sos** un indio mentiroso.

—No Mister, eh... señor—dice Ernesto, exagerando aún más el acento—. Ya **se lo** dije a los soldados: no **se lo** robé a nadie. Es mío. Disculpe ... señor... policía. Yo soy de California, como dice el pasaporte.

—California ¿eh? ¿Y para qué viniste a Guatemala? ¿Para juntarte a los comunistas? A los de la U.R.N.G.⁴?

—¡No! Vine para estudiar el pájaro quetzal—miente Ernesto—Quiero aprender sobre los pájaros tropicales.

Ernesto no quiere decir que busca a su familia. No va a traer su historia personal a tan bajo ambiente. Luego saca del bolsillo de su camisa una tarjeta de su escuela secundaria, que tiene un águila como logotipo. Abajo del dibujo dice:

“West Highschool; Home of the Eagles” y más abajo su nombre.

—Como le digo, soy ornitólogo. Especialista en pájaros.

³ Historic event.

⁴ Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala

El teniente estudia un poco la tarjeta.
—¿**Sos** de California, de verdad?—dice, bajando el tono de voz. —Yo tengo un primo allá... Se llama Reynaldo Lacan. ¿Lo **conocés**? Trabaja en ...era portero de un edificio ... Bueno, no recuerdo. Pero ahora no sé dónde está. No tengo noticias de él últimamente.

—Ah, sí, creo que escuché su nombre—dice Ernesto, mintiendo por segunda vez. — (*¿Este imbécil piensa que California es una aldea o algo así, en donde todos se conocen?*). —Señor, si usted quiere darme una carta, yo puedo **llevarse**la a su primo, si usted me da la dirección.

—Bueno, creo que **decís** la verdad. ¡**Regresate** ahora! **Volvet**e a California. Este no es lugar para un patojo como **vos**. **Llamá** a mi primo y dale saludos míos. Aquí está el teléfono.
¡**Andate** ahora!

—Pero señor —dice Ernesto—ese chico que está en la celda también es inocente. ¡Yo lo conozco! Yo necesito un ayudante para poder encontrar a los quetzales, y él iba a ser mi guía.

—¡**Olvidate** de los quetzales! No hay más. ¡No queda ninguno!

—Déjelo ir. Mire, hay una cámara en mi mochila—dice Ernesto, mientras busca la cámara en su mochila y **se la** da al teniente. —Es suya, pero por favor deje salir al chico. Yo le prometo que voy a buscar a su primo. Mire, mi papá trabaja para una agencia del gobierno que busca a desaparecidos, y tiene muchos contactos. ¡Él lo puede ayudar a encontrarlo!

El teniente mira hacia la puerta de la celda, después mira la tarjeta con el águila (¡él ya vio ese pájaro en otra parte!), después mira la cámara, y finalmente dice:

—¿Y con qué voy a sacar fotos si no tengo los rollos?

—¡Pero que tonto soy! ¡**Se me** olvidaba! Mire, aquí tengo uno—dice Ernesto, sacando un rollo Kodak de la mochila.

El teniente lo observa un poco, y luego ordena a los soldados:

—Saquen al otro de la celda.

—Pero mi Teniente,—interrumpe un soldado. —¿Por qué lo va a dejar salir? Lo íbamos a interrogar hoy ¿se acuerda?

El teniente cambia de expresión y parece enfurecido. Les habla a los soldados en un tono duro y en una lengua nativa. Ernesto no comprende, pero le parece escuchar, entre los vocablos quiché mezclados de español, unas palabras como “gobierno americano” ...”desaparecidos”... “Derechos Humanos”...

El hombre cambia nuevamente de expresión Y mirando a Ernesto, le dice, con voz suave:

—**Llevatelo**, si **querés**. Mis soldados agarraron a este patojo por su propio bien, para protegerlo de los guerrilleros, nada más. Pero ahora que sé que está en buenas manos, se puede ir. ¡Pero **acordate** bien que aquí mis soldados cumplen con una función, que es defender a la patria!

—Entiendo perfectamente señor.

— Abren la puerta de la celda y dejan salir al chico.

—Ahora váyanse de aquí. Y cuidado, porque esta guerra todavía no terminó.

Los muchachos saludan a sus captores y salen a pasos rápidos.

—Es un milagro que nos dejaron salir tan fácilmente ¿no crees?—dice Ernesto, cuando están ya fuera de la base militar.

—Me parece que ese tenientecito tiene miedo. Tú no entendiste lo que él les dijo a los soldados, ¿no?—dice Miguel.

—Claro que no entendí—confiesa Ernesto, un poco incómodo por no saber la lengua maya.

—Pues, **mirá**—explica Miguel—Les dijo que la guerra podía terminar pronto, que están hablando en la capital de un acuerdo de paz, *¿arminicio?*, no sé bien, entre la URNG y el gobierno. Pero dice que los grupos de los... humanos⁵ creo que dijo.... o algo así, los iba a perseguir a algunos...por las cosas que hicieron con nosotros en Xaman. Y como **vos sos** del Norte, y tu papá... tiene contactos... tiene miedo de meterse en problemas... ¿**Entendés**? Él quiere lavarse las manos. Como el *Ponciopileta* ...

—Poncio Pilatos. ¿Pero cómo sabes tú que él dijo eso?

⁵ Derechos Humanos

—¿No viste que hay una ventanita abierta en la celda? ¡Se escucha todo! Yo entendí todito lo que dijeron en quiché, menos lo del “arminicio...”

—Armisticio, Miguel, acuerdo de paz. ¡Y ojalá que sea cierto!

Ernesto pone su brazo en el hombro de Miguel, y se van los dos andando, por un caminito, hacia la libertad.

Capítulo V En la tierra del Quetzal

Grammar #11: Comparatives y Superlatives

I

—Mirá lo que encontré en la celda, Ernesto—dice Miguel, sacando debajo de su camisa una gorra de soldado. —Es para vos. Tomá, ponétela.

Ernesto se prueba la gorra.

—Uh... ahora pareces un soldado. —El chico hace una pausa y luego le pregunta, con un tono triste:

—¿Y te vas a Tikal, nomás?

—No. Cambié de idea. Voy para el sur. ¿Y tú?

—Yo voy a buscar a mi familia. Conozco el camino que agarraron. Es un sendero que pasa cerca de mi casa. Lo conozco bien porque por ahí pasa mucha gente, para arriba y para abajo... Los que se fueron escapando, a México, y los que volvieron. También sé dónde pueden esconderse, si necesitan. Ernesto, ¿Podrías regalarme un quetzalito así tomo la camioneta para la aldea?

— Sí, por supuesto.

Llegan a Cobán, una ciudad **más grande que** Chejal, y en la estación de autobús se despiden. Ernesto saca un poco de dinero que tiene escondido en el falso fondo de su mochila, y se lo da a Miguel.

— Aquí tienes, para la camioneta. Y comprate algo de comida en el viaje.

El chico lo mira, triste.

— ¿Por qué no te venís conmigo, Ernesto? Vos tenés ese papelito que te dio el sargento...

—No puedo. Tengo que seguir viaje, como te dije. Voy a Quetzaltenango.

— ¿Y qué vas a hacer allá?

—Me voy a buscar a unos parientes. Busco una aldea que está cerca de allí, se llama Esperanza. ¿La conoces?

— No. Nunca escuché hablar de Esperanza.

— Ernesto, si vos venís conmigo, después de encontrar a mi familia, yo te llevo a un lugar donde vas a ver muchos quetzales. ¡Te lo prometo! ¡Es **el mejor lugar** de todos para ver quetzales!

— No puedo. Tú sabes cómo ir... Puedes ir sólo. Tú eres listo. ¡Eres **más listo que** un zorro!

— ¡Pero no **tan listo como tú**, Ernesto!

El chico sube al autobús y sigue a Ernesto con la mirada.

Ernesto se va, también triste.

Mientras cruza la calle, algo lo hace volver. Corre hacia la estación, pero el autobús ya está saliendo, con su enorme carga de gente, valijas, gallinas, bolsas de frutas y vegetales, leña y hasta una bicicleta. Alguien en el techo del vehículo todavía está acomodando los bultos.

— ¡Pare, pare al autobús!_ le grita Ernesto.

El hombre golpea fuertemente en el techo hasta que el conductor ve a Ernesto corriendo, y desacelera un poco. Ernesto se cuelga de la puerta con el vehículo todavía en marcha, y agradece al conductor.

Miguel lo ve desde el fondo del autobús y le sonrío con una expresión de inmensa felicidad, mientras mueve los brazos imitando el vuelo de un quetzal.

— ¿Adónve vas?_ le pregunta el hombre que cobra los boletos.

— A Chisec

— No podemos entrar allá. El camino está cerrado.

— ¿Cerrado? ¿Por qué? ¿Por quién?

Nadie le responde.

— Bueno, voy al lugar más cerca de Chisec. Es **mejor que** quedarse aquí...

Ernesto quiere llegar a donde está Miguel, pero es imposible pasar por el montón de gente que llena el pasillo del pequeño vehículo.

II

Pronto llegan a una aldea en donde todos deben bajarse. Los dos muchachos comen algo y compran una linterna y algo de comida.

Miguel explica a Ernesto que el grupo que salió con su padre no debe estar muy lejos. Había niños y gente vieja entre ellos. Hasta a un herido llevaban ... Y él vio a su papá jalar una gallina y una bolsa con provisiones, antes de salir a las carreras.

—No creo que pudieron andar mucho, Ernesto. Si corremos, seguro que los alcanzamos en medio día.

Ernesto consulta su mapa, calcula la distancia que los campesinos pueden caminar desde que salieron, y acepta el plan.

No es difícil encontrar la senda, que pasa a cierta distancia de la aldea, por la montaña.

Cuando llegan a un lugar alto, Miguel señala hacia abajo.

—Mirá Ernesto. Esa ahí es mi comunidad. ¡O era mi comunidad! La “Aurora 8 de Octubre” ¿Ves?

El olor del humo llega hasta donde están los jóvenes. Unos helicópteros vuelan sobre las casas y los muertos como buitres. Un hombre en un vehículo de la radio de Guatemala está hablando con unos soldados.

—Mirá. Están cavando unos pozos... ¡Menos mal que mi mamá no está allá, entre los muertos!

Miguel trata de no llorar. El otro lo saca de allí y siguen corriendo. Corren por mucho tiempo. Ernesto no sabe si podrá seguir el ritmo del chico; no puede correr **tan rápido como** Miguel, que creció en esas montañas. Ernesto saca algunas cosas de su mochila y Miguel hace un bulto con ellas, y las pone a sus espaldas, para ayudarle a cargarlas. Continúan corriendo.

Encuentran a un campesino en una milpa, y Miguel le pregunta si vio a gente pasar por la senda.

—Sí, ayer pasó un grupo por aquí.

—¡Qué sorpresa se van a llevar mi mamá y mi papá cuando me vean llegar! —dice Miguel, imaginando la alegría del reencuentro.

Ernesto no se siente **tan optimista como** su amigo. ¿Y qué pasa si la caravana tomó otro camino? ¿O si caminaron **más rápido de lo que** nosotros pensamos? ¿O si les ocurrió algo? No le atrae la idea de pasar días y noches corriendo por la selva hasta la frontera con México. Pero algo le dice que debe “seguir su destino” y, andando detrás de Miguel, se mete otra vez en el monte. Siguen corriendo. A unos pocos kilómetros, Miguel se para.

—¡Ernesto, vamos aquí! Sé dónde hay un escondite. ¡Tal vez están allá!

De pronto, Ernesto ve el caño de un revólver calibre 44 en el pecho.

—¡Quietos, o disparo! —dice el hombre detrás del arma. Otro hombre llega por atrás y le pone otro revólver en la espalda. Ernesto levanta las manos.

—¡Marchando! ¡Y tú también, anda! —le dicen al chico, quien también levanta las manos, temblando.

Se llevan a los dos por un sendero lateral, que parece que fue recientemente cortado a machete, hasta llegar a un claro, bien escondido dentro de la selva. Un grupo de personas, sentadas en el suelo, miran sorprendidas a los chicos.

—Encontramos a estos dos—dice uno de los atacantes a quien parece ser el líder del grupo. —Estaban corriendo para aquí. Éste parece soldado—dice, señalando a Ernesto.

—¿Puedo hablar? —dice Ernesto, muerto de miedo, pero tratando de dar un tono calmado a su pregunta.

—¡Habla!

—No estamos armados, no soy soldado, y tampoco estábamos corriendo para aquí.

—¿Y de dónde sacaste esa gorra de militar?

—La encontré.

—Nadie anda corriendo por estos lugares sin razón.

—Sólo estamos buscando a los padres de este chico. Deben andar por aquí. Están con otros. Salieron escapado de la violencia en su aldea —dice Ernesto, mirando hacia el grupo que está sentado bajo un árbol. Calcula que son unas cuarenta personas. Hombres y mujeres.

— Pues aquí no hay ningún grupo de escapados. ¡Te equivocaste! — dice el guía.

Los ojos de Miguel, enormes por el miedo, miran las caras, sin comprender.

Después de palpar a los dos chicos y volcar en el suelo todo lo que había en la mochila y el bulto, los hombres bajan las armas.

—Jefe, aquí no hay más que unas tortillas secas y ropa sucia— dice el primer atacante. —Ya registramos todo.

—¿Entonces ustedes no estaban corriendo detrás de nosotros?

— ¡No! Estábamos corriendo para alcanzar a los padres del chico ¿entiende?

— ¡Pero qué susto nos dieron, ustedes dos! ¡Pensamos que eran de la policía! — dice el guía, sentándose en un tronco.

—Nuestro susto fue **peor que** el de ustedes, compañero.... —dice Ernesto_ ¿Puedo bajar los brazos?

— Pues, sí.

— Ernesto—dice Miguel con voz tímida— esta gente no es de mi aldea.

—Claro que no somos de tu aldea, m'hijo —dice el jefe. —Bien. Ahora ustedes se van rapidito por el camino donde vinieron. Y ... aquí... ustedes no vieron a nadie. ¿Comprenden bien? ¡A NADIE!

— Está bien. Pero ... ustedes también van a cruzar la frontera, ¿no? —dice Ernesto — ¿Por qué no se lleva al chico? Por favor, lléveselo. No tiene a nadie aquí. Y yo tengo que volver. En el campo de refugiados en México seguro que se va a encontrar con su familia. Salieron ayer ¡Haga el favor, amigo! Es un chico muy bueno... No puede quedarse aquí.

— Yo no puedo llevar a otra persona—dice el otro. —Yo también tengo un jefe, y él no lo va a aprobar. Aquí todo el mundo pagó para venir.

— Pero yo puedo pagarle algo por el servicio, y él lleva su comida.

—Yo no tengo autoridad para decidir. Cumpló órdenes de mi jefe.

—Pero usted haga de cuenta que el chico no está_ insiste Ernesto_ Su jefe no tiene por qué saberlo.

Los dos siguen discutiendo, Ernesto tratando de persuadir al hombre y éste dando excusas.

La gente del grupo acompaña la discusión con intenso interés. Finalmente un muchachito, tal vez de la edad de Miguel, pero con más voz de niño, se levanta y dice:

— Yo creo que el chico tiene que venir con nosotros. Es cruel dejarlo sólo.

Después de unos segundos, le habla al grupo: —¿Y ustedes qué dicen?

—Creo que tienes razón. Llevemos al chico y listo—dice uno.

—¡Pobre criatura! Yo voto para llevarlo _dice otro.

— Y yo también_ dijeron casi todos los demás.

—De acuerdo_ dice el guía, resignado ante la opinión de la mayoría. Pero ahora, no perdamos más tiempo. Terminen su cena y recojan todo. Se está haciendo oscuro y es hora de salir.

— ¿Cómo? ¿Van a caminar ... ahora?_ pregunta Ernesto, intrigado.

— Sí, somos como los murciélagos, —dice uno— andamos de noche y dormimos de día, colgados de los árboles.

Todos festejan el chiste a las carcajadas. Pero a Ernesto no le cae bien la imagen de los murciélagos. No le trae buenos recuerdos.

El grupo ya está en marcha. Miguel le insiste a Ernesto para quedarse hasta la mañana. Le dice que puede perderse si vuelve sólo, de noche. Ernesto cree que el chico tiene razón, y pide permiso para seguir viaje con el grupo hasta el día siguiente.

—Está bien, pero cuando llegue el día, te largas. ¿De acuerdo? —dice el guía.

Ernesto lo promete. Empaca sus cosas que quedaron desparramadas por el suelo y se une a la caravana.

III

— Quería agradecerte tus palabras— dice Ernesto al chico que intervino a favor de Miguel. —
Estuviste muy firme, muy valiente.

— Es que no me gusta ver injusticias.

— De verdad, eres un chico... admirable.

— Gracias.

—¿Y cuánto hace que estás viajando?

— Casi tres semanas.

—¿¿Cómo tres semanas??

— Sí. Salí de mi pueblo, en el Ecuador, hace unos veinte días, creo. ¡Ay, ya perdí la cuenta! —
responde Rosa, sacándose el sombrero de aldeano mientras mira a Ernesto con una sonrisa tímida.

6 . Moreno Xequijel

Grammar #12: The Present Perfect

Grammar #13: Conditional Tense

I

Quetzaltenango, Guatemala, 7 de octubre de 1995.

En Quetzaltenango, capital cultural del país y centro universitario, Ernesto encuentra sin dificultad un hostel de estudiantes donde dormir, que ya **ha abierto** las puertas. Pasó la tarde de ayer y la noche y aún la madrugada de hoy caminando, y ahora está exhausto.

Son las nueve de la mañana.

Muchas horas más tarde, cuando se despierta de una larga siesta llena de sueños, toma su libro y escribe:

*Ayer **he conocido** a una persona maravillosa. Primero me dijo que se llamaba Eugenio Dayuma. Pero tenía una voz muy suave, muy gentil...y cuando se sacó el sombrero, realmente parecía mujer. Finalmente me confesó que era Rosa Dayuma. Fue ella quien defendió a Miguel y convenció al guía para llevarlo hasta México con ellos, que resultaron ser un grupo de inmigrantes que quieren llegar a los Estados Unidos. Yo también caminé con ellos, porque no quería volver solo de noche, y ... bueno, también porque quería quedarme con Rosa. Caminamos juntos toda la noche, mientras seguíamos al resto del grupo en un sendero oscuro. Cuando se hizo de día, el guía dio una señal y lo seguimos por otro sendero en una bifurcación, hacia un lugar seguro donde ellos iban a pasar el día. Y nosotros dos nos fuimos con Miguel, que se acordó de su promesa, y nos llevó a ver los quetzales.*

Ernesto deja el lapicero y recuerda otra vez la excursión de la madrugada. Recuerda cómo los tres caminaron por una hora hasta llegar a un lugar muy alto. Un vapor blanco se levantaba y flotaba entre los árboles, como un velo de novia. Allí se acostaron en el suelo mirando hacia arriba, a esperar, inmóviles y en absoluto silencio, hasta que Miguel silbó como un quetzal. Entonces los vieron llegar, uno, dos, tres quetzales, con sus suntuosas colas multicolores, saltando entre las ramas y llamándose con sus cantos.

—Aquí los tienes—susurró Miguel. — Es el pájaro sagrado de los mayas.

Ernesto sigue escribiendo.

*Cuando ya era bien de día, nos volvimos a la senda, y yo les dije que tenía que irme. Pero que el quetzal **sería** el símbolo secreto de nuestra amistad. Esto le gustó a Rosa...*

A esa hora pude ver que tenía una piel luminosa, del color de la miel oscura, como la mía.

Me dijo que iba a estar pensando en mí todo el tiempo.

Y yo en ella.

*Cuando llegó el momento de partir, Rosa me dio el teléfono de su mamá en los Estados Unidos, y yo le di el mío. ¿**Volvería** a verla? Luego nos apartamos un poco del grupo y ella me estampó un beso en cada mejilla, y yo le di un abrazo bien fuerte.*

El chico cierra los ojos y rememora los besos de Rosa, y ahora siente como un nido vacío dentro de su pecho. Más tarde vuelve al cuaderno:

*Viaja sola, seguramente con poco dinero, para juntarse a su madre que trabaja en Oregón, y que ahora está enferma. Tiene mucho coraje. Me explicó que es del grupo de los huaorani, un pueblo muy bravo e independiente de la Amazonía. Pero las cosas **han cambiado** desde los*

años setenta cuando entraron las compañías petroleras. Me contó que a los huaorani los empujaron fuera de su territorio y que los pusieron en un protectorado de misioneros evangelistas. Allí creció su madre, y allí nació ella. Su padre fue a trabajar en los pozos de petróleo, y en un par de años murió de leucemia. Dicen que fue de la contaminación que había en unas piletas abiertas donde ponían los desperdicios del petróleo.

De allí la familia se mudó a un lugar llamado Baeza. Pero pronto vieron que necesitaban cosas que sólo se consiguen con dinero: uniformes para la escuela, zapatos, libros, medicinas... Por eso su madre decidió emigrar a los Estados Unidos, me explicó, donde hay trabajos que pagan bien, para darle a Rosa todo lo que necesitaba. Dice que su madre decía: "No quiero que a Rosa le pase como a otros huaorani, que se fueron a los pueblos de los blancos y ahora viven como esclavos, como mendigos...No... Rosa necesita una buena educación"

Me pareció muy inteligente esta manera de pensar de la madre, muy realista. Porque, como me dijo Rosa, no podrán parar el avance de las compañías forestales, de las petroleras... ellos tienen que educarse para defender sus tierras.

De pronto Ernesto siente que la sangre se le congela en las venas. Un recuerdo repentino lo **ha inmovilizado**. Deja caer el lapicero al suelo y sale del cuarto corriendo. Quiere llamar a su padre. Quiere preguntarle si, hace veinte años, cuando trabajaba para la Texaco, él estuvo en la construcción de la Vía Auca. Rosa le dijo que la Texaco construyó ese camino desde Lago Agrio, partiendo en dos la tierra de los huaorani, y abriendo un corredor de muerte por la selva.

¡No puede ser! ¡La Texaco! ¡Dios, dime que estoy equivocado!

II

Ruta "La Victoria 20 de febrero", Guatemala, 7 de octubre de 1995.

Querida mamá:

Espero que esté bien de salud. Aprovecho las últimas horas de luz para darle noticias mías:

No pudimos cruzar el río Suchiate. Hubo un problema con la policía, porque un hombre denunció nuestro grupo y nos estaban buscando, y tuvimos que salir de allí de noche, a las escondidas. Pero mejor así, porque Tecún Umán es un lugar feísimo, horrible, de gente mala, y aquí en el interior es todo más bonito. Sólo lamenté dejar a un perro que se hizo muy amigo mío.

Nos metieron a todos apretados en tres autobuses chiquitos, y después de medio día de viaje para el noreste llegamos a un pueblo llamado Xuctzul. La gente aquí es hermosa. Las señoras y las niñas se visten con faldas largas y estrechas y blusas coloridas, y muchas llevan flores en el pelo. Hubo varios desvíos porque en un momento la ruta estaba cerrada por los militares. Finalmente nos trajeron aquí, a este sendero.

*Don Sabino, el nuevo coyote, **ha dividido** el grupo en dos, de cien personas cada uno, y nuestro grupo comenzó a caminar y a caminar por esta ruta que le estoy diciendo. Y después de unas horas nos encontramos con un muchacho americano y un chico de aquí. Los dos están viajando para reunirse con su madre. ¡Como yo!*

*Creo que la frontera con México no está lejos, nos **han dicho** que es cosa de unos días nomás. ¡Cuidese, mamá!*

Rosa

III

Perturbado por el conflicto entre querer y no querer saber, Ernesto entra en una cabina de teléfonos públicos. Sabe que va a ser muy difícil enfrentar al padre. ¡Qué pena que aquí no **ha llegado** el Internet todavía!

Esteban Ruiz se alegra de escuchar finalmente la voz de su hijo. Al principio hablan de la belleza de los quetzales y de la gente del lugar. El chico no menciona su encuentro con los militares. Al final Ernesto le habla directamente:

—Conocí a una persona del Ecuador. Tú **has estado** allá hace muchos años, ¿no, papá?

—Sí, hace muchos años, cuando tú eras chico, Ernesto.

—¿Sería por acaso la provincia de Napo o Sucumbíos, por acaso?

El hombre duda un momento antes de responder:

—No recuerdo el nombre de los lugares. Hace tanto tiempo...

—A mí me parece que tú mencionaste un lugar que tenía nombre de mujer... ¿Sarah o algo así?

—Sacha.

—Eso mismo. Por allí pasa la Vía Auca, me dijeron ¿Estuviste trabajando allí?

—Yo soy ingeniero de petróleo ¡no constructor de carreteras! —dice el hombre con algo de irritación en la voz. — Trabajaba en los pozos.

—Ah, vale. Y también en esas piletas donde ponen el agua con petróleo... ¿Cómo se llaman?

— Piletas de purga. ¿Pero qué es esto, Ernesto, un interrogatorio?

—Me contaron algo de la contaminación en la selva de lluvias... sólo me **gustaría** saber tu opinión, papá. Por eso te pregunto.

Ernesto sabe que su padre está tratando de preparar una respuesta adecuada, porque lo siente toser. Siempre lo hace cuando quiere ganar tiempo para pensar.

—Yo no sé nada de todo ese lío que hubo por allá, porque salí antes. Cuando se terminó la Vía Auca yo ya no estaba en Ecuador.

—Ah, vale.

Ernesto cambia de tema. Ya está sintiendo un poquito de la culpa, y no le parece justo hacerle esas preguntas por teléfono y a dos mil millas de distancia. Luego se despide y promete mantenerlos informados.

Se propone a creer en la inocencia de su padre, pero la idea sigue dando vueltas en la cabeza, porque le sintió un tono irritado y triste en la voz. ¿**Tendría** su padre algún mal recuerdo que quiere evitar? Ernesto no sabe que, en realidad, la memoria de Esteban Ruiz es todo un campo minado.

De vuelta al hostel Ernesto pregunta cómo llegar a Esperanza. Le advierten que es “La Esperanza”, no “Esperanza” a secas, pero lo considera un detalle sin importancia. Le informan que la manera más rápida es encontrar una *picop* en la plaza central.

Allí se va, y en cuanto espera, encuentra una casa de artículos para campamento y compra un saco de dormir.

La *picop*, que es el medio alternativo de transporte público de los guatemaltecos, no tarda en aparecer. Ernesto se sube atrás y alcanza los veinte centavos de quetzal al conductor. Los pasajeros —aldeanos en su mayoría— van de pie, agarrados como trapevistas a los caños que pasan por arriba en la parte de atrás del vehículo, formando algo como una de jaula de humanos.

Ya en las afueras de la ciudad, el conductor se lanza en loca carrera por la ruta en zigzag que cruza la montaña, y Ernesto siente cada curva como un renovado milagro.

—No tenga pena, el hombre conoce bien el camino—dice alguien, que nota el nerviosismo de Ernesto. — Y así hacemos las cosas aquí. ¡Todo rápido! —. Esto causa risa entre los pasajeros.

Allá abajo, en el valle profundo que ahora Ernesto se anima a mirar, corre un río, en cuyas orillas las mujeres bañan a sus niños, lavan la ropa, o se lavan el pelo que después peinan en trenzas y adornan con flores.

Llegan a La Esperanza, final del trayecto, y Ernesto va directamente al almacén de la plaza. No es un pueblo muy pequeño, pero tampoco es muy grande. Seguramente la gente del lugar se conoce, piensa el chico.

—Señora, perdón. ¿Me **podría** decir si conoce a alguien de apellido Moreno? —pregunta Ernesto a la primera mujer que encuentra.

La mujer lo mira, y se sonríe, sin decir palabra.

—La señorita no te comprende—le dice un hombre viejo que está sentado en un cuero de oveja.

— Por aquí las mujeres hablan poco español.

—¿Sólo los hombres lo hablan?

—Por aquí, sí. Los varones vamos más tiempo a la escuela. Las niñas van poco, así que ellas hablan su lenguaje maya, la que se habla en la casa. Pero ¿A quién está buscando? Yo conozco a todas las familias de esta aldea. **He vivido** aquí toda mi vida.

—A los Moreno. ¿Hay alguna familia con ese apellido aquí en La Esperanza?

—Están los Moreno Xequijel. Viven para afuera de la ciudad, cerca de lago.

Ernesto siente un brinco en el pecho.

—¿Y cómo se llega allá?

—Si quiere lo llevo a la casa de ellos. Hace tiempo que no saludo a mi paisano. No **he vuelto** a verlo desde la Semana Santa.

Los dos se ponen en marcha. Pasan varios barrios con casitas de caña y adobe y en todos ellos se repiten las mismas escenas: madres y hermanas llevando a bebés amarrado a las espaldas, o balanceando un cesto de ropa o comida o flores en la cabeza; hombres llevando leños, mujeres moliendo maíz en un cuenco de piedra.

Ernesto y su guía siguen por una calle larga, hasta el final, y luego toman por una vereda estrecha, entre las verdes paredes que a ambos lados forman las plantas de maíz, ya altas. De las mazorcas anaranjadas o rojizas cae una barba marrón quemada, que le recuerda a Ernesto el pelo de Carlo. Pero claro, ahora lo recuerda con una sonrisa.

Siguen andando hasta llegar a una choza, también de adobe y paja. A un lado de la casita una construcción más pequeña, de ladrillos, sirve de baño de vapor para la familia.

Un hombre de unos cuarenta años está limpiando unas herramientas.

—¡Buenas, don Matías!—dice el viejo.

—Buenas tardes, don Lucas... ¡Qué bueno verlo! ¿Qué lo trae por aquí?—dice el dueño de casa,

—Pues, aquí **hemos venido** con este joven que quiere visitar a los Moreno.

El hombre los invita a sentarse en unos cajones de hortalizas, y él se sienta en el tocón de lo que **ha sido** un árbol gigante.

Luego Ernesto comienza su historia. Habla de su mamá, de su nombre, de su pueblo.

El dueño de casa lo observa con cierta ternura, y le dice:

—Mire, muchacho, mi familia se apellida Moreno de parte de mi papá, y Xequijel de parte de mi mamá. Mi papá era nieto de españoles por el lado paterno, por eso el apellido Moreno; y mi mamá era maya pura. Ella ya **ha muerto**. Yo tengo cuatro hermanos, pero nunca **he tenido** hermanas. No, no hubo ninguna mujer aquí de la edad de su madre con el nombre Moreno, y menos una que haya ido a los Estados Unidos. Aquí somos muy pobres. ¿Quién iba a poder viajar para el Norte? ¡Imagínese don Lucas! ¡Qué bueno **sería** tener parientes en el Norte...!

Ernesto comprende que tampoco ésa **podría** ser su familia.

La esposa sale al patio y ofrece a Ernesto una fruta. Llegan los chicos, una niña y dos niños. Pasan el resto de la tarde conversando. Don Moreno traduce al español lo que dice su esposa en kakchiquel, y así Ernesto sabe de sus alegrías y sus penas. Los niños están sanos y les gusta estudiar, dice el hombre, pero la venta del maíz no es suficiente para vivir. El precio está muy bajo hoy día. Dicen que hasta en la ciudad lo compran de afuera, de los Estados Unidos, porque es más barato.

—Escuché decir en Quetzaltenango que eso es porque el gobierno de los Estados les paga a sus agricultores para cultivar el maíz. Claro, ¡así cualquiera vende barato! Pero me parece un invento... ¿Qué dice usted joven, que viene de allá? ¿Es verdad que en su país les pagan a los campesinos para que vendan barato el maíz?

Ernesto no tiene idea, y dice algo así como:

—No sé, pero si es verdad, **sería** una vergüenza exportarlo aquí, ¡a la tierra del maíz!

El hombre dice que no tienen más recursos económicos, porque el telar, que le **ha dado** buen dinero en el pasado, se **ha roto**, y ya no sirve para nada.

Los chicos toman a Ernesto, uno de cada mano, y lo llevan detrás de la casita, donde **han puesto** los restos del antiguo telar. Unos palos y dos tablas tiradas por el suelo es todo lo que **ha quedado** de él.

—¿Y sabe, don Lucas? —dice el hombre —El banco de La Esperanza no presta dinero a los pobres... ¡ni para comprar un telar! Dice que nuestra casa es de adobe y no sirve de garantía, de

colateral, y que el terreno éste donde está la casa tampoco sirve, que no tiene una escritura válida, que no está en los registros, que no tenemos el título de propiedad.

—¡Qué barbaridad!

—¡Eso mismo! ¡Qué barbaridad! ¡Este terrenito es nuestro desde el tiempo de antes de mi bisabuelo! ¡Antes de los españoles! ¡Antes del mismo Jesús!

¿Cómo es posible... piensa Ernesto, una escritura que no es válida? ¿Una familia sin título de su propiedad? ¿Una propiedad que es, y no es, de ellos?

Ya está oscureciendo. Ernesto pregunta si **podría** pasar la noche allí, bajo el árbol, en su saco de dormir.

—Claro que sí—dice el dueño de casa — ¡la tierra es de todos!

El sol ya se **ha ocultado** y, efectivamente, el frío baja temprano en el altiplano. La señora los invita a entrar en la casita. Los chicos ya **han encendido** una lámpara a gas, y la mamá ya **ha prendido** un fuego acogedor. Pronto aparece la cena, que es una sopa con tortillas. Después de comer, don Lucas se despide. El papá cuenta unas historias de animalitos a los chicos, y todos se van a dormir.

Ernesto piensa en el problema de “la tierra”. cuando se sienta a la vera del arroyo que pasa cerca de la casa. *¿De quién es la tierra? , se pregunta, ¿Es de quien la hereda? ¿Es de quien la compra? ¿Es de quien la habita? ¿O de quién la roba?* Una cosa le parece cierta: que los usurpadores **han hecho** las leyes sobre la posesión de la tierra.

Se lava la cara, para al menos quitar el polvo que lo cubrió durante el viaje. *Y allá se van los besos de Rosa, flotando en el agua...* observa con nostalgia. Luego busca una superficie lisa en el patio, se mete en el saco y se acuesta de boca al cielo. En el aire translucido del cerro las estrellas parecen enormes faroles en un azul dilatado, tan cerca que parece que se puede tocar el infinito con apenas estirar la mano. ¡Cuánto esplendor que hay en su nuevo hospedaje, piensa Ernesto, a pesar de su austera simplicidad!

Finalmente se duerme, bajo las estrellas y arrullado por el rumor del río.

IV

La oscuridad también ya **ha cubierto** la ruta “La Victoria 20 de febrero” que se abre por el monte, y es hora de partir. Algunos se están lavando en un arroyo, y otros escuchan la radio. La luna tiene un círculo rojo, y Rosa siente un ligero estremecimiento.

El guía da la orden de comenzar la marcha.

—Señor Sabino, creo que se viene lluvia ¿No le parece a usted? —le pregunta Rosa.

— ¿Y cómo lo sabes tú?

—¿Ya vio la luna? ¿Y vio cómo los animales andan inquietos? Mire los pájaros, ¡Se están preparando!

La muchacha señala otra rama, que ya está siendo movida por el viento.

— ¿Qué dice tu radio del tiempo, Manolo?—pregunta Sabino a un asistente.

—Dice que ayer hubo un huracán tremendo en el sur del Golfo de México y que hoy aquí va a haber lluvia y viento también... dicen que el huracán se llama “Opal”.

El otro no escucha las últimas palabras. El viento, que antes movía las ramas suavemente ahora es un vendaval. Primero caen unas gotas gruesas. Después comienza una lluvia pesada, que se pone más densa a cada minuto, y finalmente es un torrente que se precipita de lado y se lleva para siempre el sombrero de Rosa.

En menos de media hora, cuando todos ya están en marcha, los relámpagos parten el cielo iluminando las nubes negras, y los truenos y el ruido del viento asustan a bichos y humanos por igual.

Y así, repentinamente, las ramas más secas comienzan a caer de los árboles, peligrosamente. Miguel toma la mano de Rosa y no la suelta.

—¡Hay que buscar un claro—le grita Sabino a Manolo —, porque las ramas pueden matar a alguien. ¡Vete por aquel sendero lateral que pasamos, a ver si encuentras cualquier lugar más descampado!

Por cierto, la vegetación allí no es tan densa como en otros lugares, y la selva alterna con milpas y algunas fincas de café. Pasados diez minutos Manolo vuelve para conducir al grupo a un pequeño claro en el monte donde hay un cafetal abandonado, que permite improvisar unos toldos de plástico, amarrados a los arbustos de café.

Amontonados bajo los plásticos, apretados como pollitos en caja de ferias, algunos se sientan sobre sus mochilas, y otros en cuclillas, cuerpo contra cuerpo para darse calor y consuelo.

Agua y tortillas frías es toda la cena de esa noche miserable.

Rosa vacía su mochila, se viste con capas superpuestas de ropa y envuelve a Miguel con un suéter, pero lamenta la pérdida de su sombrero. También echa de menos a Ernesto, al calor aquél que sintió cuando él la abrazó.

El grupo de desamparados pasa la noche con los ojos abiertos, temblorosos, titiritando de frío, escuchando la lluvia sobre los plásticos que en cualquier momento **podrían** salir volando con el viento.

IV

Ya es claro cuando Ernesto abre los ojos y se encuentra con la nariz de un burro que está mordiéndolo el pasto alrededor del saco de dormir. Le acaricia el hocico mojado. El asno le responde con una voz ronca y se va trotando, manso, hasta el río. Detrás de una colina ya se ve el cielo rojo del alba, y el chico recuerda su sueño.

Suñó con su abuelo Ruiz, que le estaba mostrando algo. Era un libro que se llamaba “Consejos del Peregrino”. Y entonces recuerda un diálogo que tuvieron hace años:

—Los que anduvimos por el Camino de Santiago de Compostela no llevábamos nada de dinero. ¡Confíabamos en la Providencia! Recuerda tú, Ernesto, si algún día quieres hacer el peregrinaje: el alma y el bolsillo deben estar vacíos.

—¿Pero por qué el alma vacía, abuelo?

—¡Para poder llenarla de bondad!

La señora Moreno Xequijel ya **ha preparado** el te para el desayuno; ahora está haciendo las tortillas con una masa de maíz. Hace una bola y después le da una forma chata, golpeándola, pat—pat—pat, y pasándola de una mano a la otra. Cuando está bien chata y redonda, la tira al comal, que está sobre el fuego en un rincón de la habitación. Luego invita a Ernesto a desayunar.

Más tarde, cuando los niños ya se **han ido** a la escuela, el muchacho habla con los dueños de la casa:

—Ustedes **han sido** muy amables conmigo. Yo quiero dejarles algo. —Y extendiendo la mano les muestra los billetes.

— Son mil quetzales. Debe ser suficiente para comprar un telar nuevo. Por favor acepten mi regalo como si fuera de un pariente. Tal vez lo somos... Creo que todos los Moreno somos parientes, ¿no le parece?

El hombre no sabe qué decir, apenas le sale un “Graaaacias, Graaaacias, muchacho. Que Dios lo bendiga, a usted y a toda su familia...”

La mamá toma las manos de Ernesto.

—*Matiosh*...— y dice otras palabras en kakchiquel que son traducidas como “Dios se lo va a devolver en felicidad”.

El chico se despide y sale con paso apresurado. Yo no soy un verdadero peregrino, se dice. Porque el peregrino anda sin dinero y pone fe en la Providencia. Yo, en cambio, les di sólo lo que tenía en el zapato derecho, y me guardé el del izquierdo.

7. Donde no hay doctor

Grammar # 14: Subjective in Adverbial clauses

I

El día también amaneció claro en la selva del norte, y el coyote está impaciente.

—Hoy ya es el 8, y las camionetas van a estar esperando mañana en la frontera **antes de que salga** el sol—dice. — Hemos perdido un día. Es decir, una noche de caminata. Señores, sugiero seguir ahora, **aunque sea** de día. Voy a mandar a Manolo al frente **para que nos diga** si hay algún impedimento. Pero no lo creo. Ya no hay destacamentos policiales por estos lados. Sólo tenemos que cuidarnos al acercarnos a la frontera.

—Pero Sabino, aquí hay gente enferma —dice una mujer. —Pasaron la noche mojados hasta los huesos y ahora tienen calentura.

Un hombre de unos cincuenta y tantos años, el mayor del grupo, lo mira con ojos rojos de la fiebre:

—Yo no puedo seguir, don Sabino, **a menos que** me lleven en camilla...

—Se ha agarrado una pulmonía, el pobre —aclara la mujer. —Hasta hace un minuto, temblaba de frío. Pero ahora tiene la temperatura altísima.

El coyote le pone una mano en la frente al hombre enfermo, y llama al ayudante:

—Ocúpate de él, Manolo —le dice en voz baja. —Dice que antes tenía escalofríos y ahora tiene fiebre. ¡Síntoma de paludismo! Prepárale un suero casero para beber **antes de que** se ponga muy mal.

—Y hay otros con diarrea —dice un muchacho. —Tienen que “ir al baño” cada cinco minutos.

—Disentería— corrige uno de los afectados, que piensa que esa palabra más científica suena mejor.

—Es que bebieron agua de los riachos —dice otro.

—¡No deberían! —replica el coyote, enojado.

—No, no fue el agua. Fue el hambre —dice un tercero. —Esos que tienen diarrea encontraron unos mangos que estaban verdes y, claro, les hizo mal a las tripas.

—¿Y qué quiere? No hemos comido más que una tortilla fría en catorce horas! Uno no es de hierro...! —dice el hombre de la disentería.

El coyote reflexiona un minuto y evalúa la situación. No es buena idea seguir con gente enferma, piensa. Esto puede terminar mal.

—Bien. Pasemos el día aquí, **con tal de que** no enciendan ningún fuego. Lo más importante es no deshidratarse. Prepárense un suero casero: una cucharita de sal y ocho de azúcar para cada litro de agua pura. Manolo, pásales los frascos de sal y azúcar, y pásame el botiquín.

El hombre abre la caja de primeros auxilios.

— **En caso de que** no sepan, señores... ¡Aquí tenemos de todo! ¡Somos gente responsable! Tomen, **para quien no tenga**. Lociones para los mosquitos. No se olviden que aquí hay paludismo.

Rosa pregunta si el paludismo es una enfermedad que pone a uno más pálido.

—¡Es la malaria, hija! —le avisa una mujer, riéndose.

Algo que la avergüenza a Rosa es mostrar ignorancia. Mortificada, se siente pequeña como una lenteja, como el mosquito anófeles que acaba de aplastar de un manotazo.

Al llegar la noche, descansados, con las barrigas llenas y mejor de ánimo, se disponen a partir. El coyote les recuerda las reglas del juego, como él las llama, porque la senda de allí en adelante, les dice, se va a poner peor.

—Manténganse alertas. Recuerden que caminar en la oscuridad y en silencio puede ser hipnótico. Este camino es como una serpiente. Si se pierden ¡la serpiente los come!

Todos saben qué peligroso es caminar semi-dormidos o distraídos. Podrían desviarse en la oscuridad y tomar por un atajo y de perderse en la noche inmensa de la selva.

El grupo está otra vez en marcha, y cargando al hombre enfermo en una camilla improvisada, siguen al guía. Éste, que tampoco lleva linterna, sigue los pasos de su perro, y el perro sigue a su instinto canino.

Con excepción de dos paradas para descansar y comer algo, el resto de la noche lo pasan andando en un sendero de barro, de raíces abultadas y de troncos y ramas que la tormenta ha dejado a su paso.

Al amanecer se escuchan voces más adelante, y Sabino ordena absoluto silencio.

—Allá después de ese río, a unos pocos kilómetros, ya es México—dice en voz baja. El mensaje es transmitido de boca a oreja a lo largo de la fila.

—Manolo y yo vamos a cruzar primero para avisarles a nuestros chamacos del otro lado que ya llegamos. Tercilio, tú estás a cargo del grupo. Escóndelos en el cañadón aquel que tú conoces, y esperen **hasta que yo regrese**.

Tercilio hace señas con la mano **para que el grupo lo siga** y después de unos pocos minutos llegan al borde de un cañón. La gente baja con cuidado, y algunos torpemente, la cuesta resbaladiza. Rosa y Miguel hacen varios viajes para ofrecerse de apoyo a los más inseguros. Para ellos es apenas un juego de niños.

Cuando ya está casi todo el grupo en el fondo del cañón, un grito los asusta.

—¡Ayuden aquí, esta mujer se cayó! —dice un muchacho.

—¡Ay ay ay! ¡Me torcí el pié. ¡No puedo andar!

En pocos segundos el tobillo de la mujer está hinchado como una bola de billar y un hematoma ya le ha cubierto todo el pie. Los diagnósticos son variados:

—Se ha roto el tobillo.

—Se lo ha torcido.

—Se ha hecho un desgarrado.

—Lo que sea, ¡esto se ve horrible! Tiene el pie como un salchichón.

—Acuéstenla y envuélvanle el pie en un trapo mojado. Mantengan el trapo siempre frío.

—Esta mujer necesita un yeso.

—¿Pero cómo vamos a hacer un yeso aquí?

Rosa sabe. Corre otra vez hacia arriba, fuera del cañón, y luego encuentra en el suelo lo que estaba buscando: un tallo seco de un bananero que rompió la tormenta. Agarra el tallo y con su navaja corta varios pedazos de diferentes tamaños, así como le enseñó su abuelo. Vuela otra vez cuesta abajo y le dice a Tercilio que ella es nieta, es decir, nieto, de curanderos, y que ya tiene la tablilla que la paciente necesita. La forma cóncava del tallo se adapta perfectamente al tobillo humano, dice. Tercilio la mira con curiosidad.

Uno a uno, Rosa prueba sus moldes, y finalmente uno calza perfectamente en la parte posterior del tobillo de la mujer. Primero lo envuelve con el trapo, para evitar el contacto directo con la piel. Luego ajusta la improvisada bota y finalmente la amarra con la tela adhesiva que el coyote lleva en el botiquín.

—Muy buena idea —dice Tercilio. —Esto le inmoviliza el pie a la mujer y va a ayudar a soldar el hueso, si es que lo tiene quebrado.

—Sí, y me alivia el dolor también... ¡Gracias mi ángel!

Rosa, en su nueva persona de curandero, le da coraje a su paciente. Le gusta ser útil, y se siente bien de recuperar su autoestima.

Poco después Sabino llama con un silbido y el grupo sale nuevamente. Dos muchachos les sirven de apoyo a la mujer del tobillo roto.

Llegan al río, ancho pero tranquilo. Desde la ribera del otro lado dos hombres están llegando en una balsa construida con dos enormes neumáticos de tractor. Encima han colocado unas tablas.

—Vayan subiendo. Aquí nadie se va a mojar—dice orgulloso Sabino, que en ese momento se junta al grupo. —¡Nadie los va a llamar “Mojados”!

Todavía es temprano, pero no es conveniente exponerse mucho. Mientras Manolo y Tercilio montan guardia en puntos diferentes, el grupo, de cinco en cinco, pasan del otro lado en la rudimentaria embarcación, **sin que** nadie los vea, excepto por una bandada de pericas de plumaje verde, rojo y amarillo que a el aire y cruza el río sin darles atención.

Después de unos kilómetros, alguien anuncia que ya están pisando México.
Es el 9 de octubre de 1995. Rosa, salva, sana y seca, pone sus pies por primera vez en tierra mexicana.

II

En un cruce de caminos Miguel reconoce la senda que lleva al campo de refugiados de Chajul, donde espera encontrar a sus padres.

—Yo sigo por acá. Señor Sabino, gracias por traerme —dice el chico.

Rosa le da su jaguar tallado y le explica que es un potente talismán huaorani; y él le ofrece una estampa de Mashimón, y le asegura que es un santo guatemalteco infalible. Los dos se despiden y Rosa se junta nuevamente al grupo.

Después de andar un corto trayecto Sabino conduce al grupo a las nuevas residencias temporarias. Las casas son aún más humildes que en Tecún Umán, pero el lugar es más remoto y, por lo tanto, menos peligroso. Lo que más les apena es la falta de un teléfono para llamar a sus familiares.

—¿Y por qué este chamaquito no se va con los hombres? —pregunta la dueña de una casa donde sólo se alojan mujeres.

—Doña Celia, ésta es una chica. Se llama Rosa. Se ha cortado el pelo para venderlo en la feria —bromea el hombre.

—No señora. Me lo corté porque me ha dado algunos problemas —dice Rosa, quien tampoco tiene ganas de contar la historia.

Distribuidos cada uno en sus nuevos albergues, el próximo asunto de la agenda del día se trata de los nombres. Cada quien debe elegir un nombre nuevo, más mexicano.

Rosa conserva el nombre Eugenio, y para apellido escoge “Moreno”. Cree que le va a dar suerte.

La mujer siente pena por Rosa. La lleva adentro y le ofrece un pedazo de elástico que ella usa para sus várices.

—Mira, esta cincha elástica es mejor para aplastarte el pecho. Ésta no se te va a caer.

Rosa agradece. Efectivamente, el elástico, sujetado con un alfiler de gancho, es más cómodo que el pañuelo apretado que se amarró en Tecún Umán, antes de salir.

—Veo que eres muy jovencita para viajar sola. Debes tener mucho, mucho cuidado—dice la mujer.

—Usted siempre recibe a gente adulta ¿no?—dice Rosa, por buscar algo para decir.

—Muchas familias han pasado por aquí, m’hija, con sus niños. Venían escapando de Guatemala, los pobres. Parece que los soldados del gobierno les quemaban las aldeas y las cosechas para que se fueran. Fue un éxodo que duró muchos años.

—Yo he escuchado de esa guerra, pero no entiendo por qué el gobierno estaba en contra de los campesinos.

—Creo que los acusaban de trabajar en cooperativas, de ser comunistas. Los llamaban “subversivos” Pero no eran nada más que simples familias, labradores de la tierra. El gobierno mexicano los aceptó como refugiados políticos y nosotros les abrimos las puertas, porque somos hermanos... de la misma raza, somos todos mayas, divididos por una frontera inventada por quién sabe quien. Muchos venían a morir aquí. Especialmente niños. —la mujer suspira. —Ese sendero por el que tú viniste, niña, está mojado de lágrimas.

La historia es muy triste para ambas.

—Para mí, es el camino que lleva al Norte, cada vez más cerca de mi mamá.

—Ya, pues. Pronto vas a ver a tu mamá, ¿verdad?

—Sí, parece que es un viaje de un día nomás hasta la frontera con los Estados Unidos. ¡Estoy muy contenta porque vamos a viajar en tren! Yo nunca jamás viajé en tren, pero lo vi en la TV en casa de mi tía, y en el cine.

—¿Estás segura de que los van a llevar en tren? —pregunta la mujer, sorprendida.

—Sí, sí, en tren, nos dijeron.

—¿Arriba del tren?

—¡Claro, pues no va a ser abajo del tren, señora! —replica Rosa con una risita.

—Me refiero al techo, niña, arriba en el techo.

—No, señora. ¡Nadie viaja en el techo de un tren! Vamos a ir adentro, como todo el mundo.
La señora Celia mira a Rosa muy seria, pero no dice nada.

III

Los camiones, atrasadísimos, aparecen después de unos días.

Hasta hace poco han sido usados para llevar vacas al matadero, pero una rápida lavada los dejó en condiciones para transportar inmigrantes, aunque aquí y allá se puede ver que partículas de excrementos se resistieron al cepillo.

—¡Qué olor asqueroso a potrero que hay aquí! —dicen los que se criaron en las ciudades o pueblos.— ¡Es repugnante!

Pero otros no concuerdan:

— Ah... para mí esto huele a flores, hermano.

—¡El olor de la tierra!

Campeños o pueblerinos, ahora están todos juntos en el mismo rebaño, ansioso para seguir viaje.

La travesía demora más de lo previsto, porque deben transitar caminos de tierra, en malas condiciones por causa de las lluvias. En cierto momento deben atravesar una ruta importante y, siguiendo las instrucciones de Sabino, se bajan las lonas que cubren el acoplado para ocultar la carga humana.

—No se pierden nada—dice Manolo, que viaja con ellos— Es una ruta cualquiera. Ésta es la estatal 199 que va para el norte y lleva a las ruinas de Palenque.

Nadie jamás escuchó hablar de ese lugar, y tampoco les importa. Pero Rosa siente un vértigo momentáneo. El adjetivo “cualquiera” la pone furiosa. ¡Ahí fue donde Ernesto casi se muere! recuerda la chica, y responde a los otros que “Palenque” no es un lugar cualquiera, sino un sitio importantísimo.

El nombre de Ernesto suena dentro de su pecho como un nido de pájaros.

8. La Bestia

Grammar #15: More on Subjunctive

I

La noche del 16 de octubre dos camiones de vacas con cargas humanas llegan a Arriaga, no lejos de la costa oeste de México. Cruzan un paso a nivel, toman por una calle paralela a las vías del tren y finalmente estacionan detrás de un enorme galpón.

¿Pero dónde está la bonita estación— se pregunta Rosa— de techos altos y enormes relojes ingleses, llena de pasajeros, madres con niños bien vestidos, y el altavoz anunciando la próxima salida ¡atención, pasajeros, plataforma cinco, atención! y el silbato del tren confirmando su partida, chuf chuf chuf, y la gente despidiéndose? ¿Dónde está todo eso que ella vio tantas veces en la televisión de su tía en Baeza?

Otra vez, en grupos pequeños y protegidos por la oscuridad, los inmigrantes corren agachados y silenciosos a lo largo de un tren de carga, y **sin que nadie los vea** llegar al último vagón.

Con cuidado, Sabino abre las puertas y en voz baja les da las últimas instrucciones. —**No quiero que nadie encienda la linterna hasta que el tren esté** en marcha y fuera de la ciudad. Y cuídense de apagarlas cuando estén entrando en cualquier poblado. No cierren totalmente la puerta del vagón, dejen entrar el aire. Tampoco la abran más de diez centímetros, porque alguien los puede ver. Y no beban más agua de lo necesario, así no necesitan ir al baño. Mañana al mediodía el tren va a parar para hacer cambio de locomotora, poco antes de una estación. Allí mis colegas van a estar esperándolos. Tenemos contratados otros dos camiones que los van a llevar cómodamente hasta Ciudad Juárez. Al otro lado es El Paso, y ya están en los Estados. ¡A un paso, amigos!

No todos comparten el optimismo del coyote::

—¿Y por qué usted no viaja con nosotros?

—Porque hay otro grupo de cien viniendo detrás de ustedes que me necesita, ¿no se acuerda?

—¿Doce horas encerrados en esa caja metálica? ¿Y qué hacemos si falta el aire?

—No va a faltar si dejan la puerta entreabierta. Ya les voy a indicar cómo hacerlo.

—¿Y si alguien necesita ir al baño?

—¡Que se aguante!

—¿Y si alguien de afuera abre la puerta y nos descubre?

—Eso nunca pasa.

—¿Y qué hacemos si nadie viene al final para abrir la puerta y recibimos?

—No va a pasar nada malo **con tal que obedezcan** las instrucciones —dice Sabino desde la oscuridad, con un todo ligeramente exasperado.

Rosa percibe, a lo lejos, una estación iluminada e imagina la dicha de las familias que van a viajar en ese otro tren, que no es el de ella...

—¡Suban de una vez! La Bestia va a salir pronto.

¿La Bestia? ¿Por qué lo llamó La Bestia? El tono perentorio del coyote les avisa que no hay tiempo para discutir o dudar, y uno a uno se suben al vagón, de boca cerrada. Cada cual busca un espacio en el piso e invoca a su santo favorito.

Cuando ya todos han subido, el coyote cierra las puertas, dejando un pequeño espacio entre las dos hojas, por donde coloca una corta barra de metal.

—Y ahora, que tengan buenas noches—dice el hombre— y traten de dormir.

II

El tren se pone en marcha. Algunos ya echan de menos la travesía en “El Guayaquileño”, porque allá por lo menos había una cubierta donde escapar para llenar los pulmones de aire fresco y salino.

Cuando el tren comienza a ganar velocidad y se aleja de las zonas urbanizadas, los pasajeros se animan a encender sus linternas y a sacar algo para comer. Luego conversan sobre sus deseos y esperanzas, y a lo que van a hacer cuando consigan trabajo en el soñadísimo país del norte.

—Yo sólo quiero ahorrar unos dólares para hacer el techo de la casa de mi madrecita —dice un muchacho de unos veinte años. —Pero esta vez va a ser de verdad, nada de paja, que se la lleva el viento. ¡Va a ser de cemento, como el de la gente rica!

—Claro, **con tal de que hagas** también las paredes de ladrillo o de bloque, —dice el criticón que tiene la manía de saberlo todo— porque si la dejas de adobe nomás, se te va a caer el techo en la cabeza.

—Yo me conformo con mandarle un dinerito a mi mujer y a los chicos — dice otro. —**Ojalá que consiga** un buen trabajo en los Estados...!

—Shhh, cállense ahora —rezongan los que quieren dormir.

Las voces se vuelven cada vez más inaudibles y las luces de las linternas más débiles, hasta que los párpados comienzan a cerrarse y el ritmo del tren se confunde con los ronquidos de los hombres.

III

Un rectángulo de luz alto y delgado ya entra por el pequeño rectángulo de la puerta. Varias cabezas se amontonan frente a la abertura y compiten por un puesto en el espacio para poder mirar hacia afuera, para ver cómo es ese legendario México de los corridos y los mariachis. Alguien se encarga de narrar a que no pueden ver con sus propios ojos, que son la inmensa mayoría.

—Cuenta, ¿Qué se ve?

—Nada, compadre, campo nomás.

—¿Y qué más se ve? —dice otro.

—Pues ... el sol, anaranjado, que viaja con nosotros.

—Déjame mirar a mí un poquito.

Los muchachos forcejean. Todos quieren espiar por el fino rectángulo de luz vertical que les muestra lo poco que hay para ver. Y unos encima de otros, forman una torre humana con varios pares de ojos ansiosos por un poco de distracción.

—Creo que estamos llegando a algún pueblo porque hay un cementerio rodeado de cipreses. Y ahora se ven muchas casitas—dice un narrador de la columna de curiosos.

— ¡Eh! ¡eh! ¡Qué pasa!

—¡Alguien se está bajando del techo del tren!

—Déjame mirar, tú has estado todo el tiempo ¡Qué chavo egoísta, hazte a un lado! Ah, sí, es verdad, es como que... pues... ¡hay gente arriba!

—¡Qué locura! ¿Y por qué se bajan ahora?

—Pues, deben haber llegado a su casa, ¿no?

—A ver, ¡Déjame subir a mí!

—Pues, sí, estamos llegando a un pueblo. Ahora hay que quedarse quietitos. Me parece que se llama... Morelia.

La torre de miradores se deshace en un instante como un castillo de uvas, y todos se callan y esperan. El tren se detiene en lo que parece ser una estación. No la ven porque están lejos, en el último vagón, pero sí escuchan voces, y les llegan fragmentos de una conversación, cada vez más cerca.

—*No, no es por aquí... ¿aquél vagón? Sí, aquél. ¿Quién le dijo a usted que...? Me informaron que...*

Dentro del vagón se deja oír un murmullo como de alas de pájaros asustados. —Shhh.. shhh...silencio todos... dejen escuchar...hay ... creo que es un policía, un... guarda ferroviario por lo menos...shhh shhh...

El aire se hace denso del miedo. Los viajeros contienen el aliento, o se llevan la mano al pecho o a la boca.

—Están viniendo para aquí.

—Van a vernos por el agujero.

—Cierra la puerta.

—¡No la cierres!

—¡Pues ciérrala, que nos van a ver!

—¿Y si no se puede abrir después?

—¡Qué carajo! ¡Yo abro cualquier puerta!

—¡Ciérrala ya, que están viniendo! ¡Saca la barra!

—¡Cuidado, **no dejes que haga** ruido!

Mientras uno desenchaja la barra de metal, otros dos hombres tratan de cerrar la puerta del vagón de la manera más silenciosa posible. Son sólo diez centímetros, y en un par de segundos, ya está cerrada con un suave “clac”.

Ya no se escucha nada de afuera. La puerta está herméticamente cerrada. Por precaución, apagan las linternas y se quedan muy quietos. Algunos rezan. Otros reprimen la tos. Después de unos quince minutos de espera agonizante, las ruedas comienzan nuevamente a hacer ruido en las vías; el movimiento lateral del vagón saca a los viajeros de su inmovilidad, y todos sonrían aliviados. Ya están fuera de la ciudad cuyo nombre ya nadie recuerda, excepto por Rosa. *Morelia* suena a fruto delicioso. Y se parece a *Moreno*...

—Gracias Diosito mío. ¡No nos descubrieron, esos cabrones!

—Estamos de nuevo en movimiento ¡Qué susto nos llevamos, qué chévere que estamos viajando otra vez!

El peligro pasó, y los viajeros usan la mano o la manga de la camisa para absorber las gotas de sudor frío.

—Abra la puerta, amigo, que ya no hay peligro.

Los hombres se apoyan con fuerza en la estructura metálica y, uno a cada lado, empujan lateralmente para abrirla.

—Otra vez. Uno, dos, tres, ¡ahora!

—¡Uff! Se me resbala la mano. Es que estoy todo sudado. Déjame secarme.

—Maldita puerta, no tiene de dónde agarrarse uno.

—¿Y cómo es que Sabino la abrió tal fácilmente?

—Sí, claro, ¡de afuera! Hay dos agarraderas afuera. Es sólo tirar, y listo.

—¿Y aquí?

—Por dentro no hay agarradera. Pues, para qué, si estos vagones son para llevar cajas, no gente. Las cajas no abren puertas...

—Otra vez. Vengan más hombre. Pónganse todos en contra la puerta y cuando yo digo “tres”, damos el tirón. ¿De acuerdo?

—Chévere.

—Un, dos ¡tres!

—¡Agh!

Nada.

Les ha tomado unos diez minutos para darse cuenta de que las puertas de estos vagones de carga no abren por dentro. Por error de diseño, por falta de utilidad o por castigo divino, dice alguien, el caso es que las puertas de los trenes de carga simplemente no-abren-por-dentro.

—Te dije, cabrón, que no debías cerrarla. Ahora no se puede abrir.

—¿Y qué? Estaríamos todos presos ahora. O deportados.

—¿Pero no ves que ya estamos presos, idiota, que no entra el aire aquí?

—Pues entonces no respires. Quédate quieto.

—Por favor, muchachos, si se pelean es peor —dice un hombre mayor.—Ya vamos a llegar.

Pero es mejor no hablar, no gastar energía, así usamos menos oxígeno.

Rosa está acurrucada en un rincón. Sabe exactamente lo que está pasando, y agarra la estampa de Mashimón que le dio Miguel.

¡**Quienquiera que seas** tú, Mashimón!, suplica la chica en silencio, ¡**haz que se abra** esa puerta!

La primera hora es soportable. Todavía es de mañana y el sol no llegó a calentar con la crueldad del mediodía. Todavía hay agua en las botellas y en los cuerpos.

La gente reza apenas moviendo los labios. La saliva se pone espesa y la boca pastosa permite pocas palabras. Es evidente que el aire comienza a ser escaso. Y el calor ya está apretando. En un par de horas, la temperatura sube a cuarenta y dos o cuarenta y tres grados centígrados. El vagón, de claustro se transforma en horno, y las botellas de agua se van vaciando.

—Tengo las piernas acalambradas, compañera. ¿Usted también? —se queja un hombre.

—Un poco. Es la falta de sal, por lo que estamos transpirando.

—Pues, ya no sé si tengo agua adentro mío para transpirar. Creo que... podemos morir aquí ¿no cree usted? —dice el hombre con voz pegajosa.

—No diga eso, hombre. Ya falta poco para una estación. ¡Alguien nos va a abrir! —dice otro con tono más optimista.

—Maldita la hora que quise hacer este viaje, compadre.

—Mire, no pierda la calma, porque el pánico es el peor enemigo. Consume oxígeno. Piense en algo bonito...Piense en Dios... —dice una mujer.

Se siente un sollozo quieto. La mujer agrega:

—Y es mejor no llorar porque gasta agua.

En la próxima hora, los hombres de mediana edad comienzan a perder el conocimiento, y uno detrás del otro, caen como moscas. Primero sienten un ruido en la cabeza, luego se sacuden un poco y tiemblan; después, se desmayan. Los más jóvenes y las mujeres aguantan más. Cuánto más, no lo saben.

Rosa quiere llorar pero las lágrimas no le brotan. Escucha un sonido de agua rodando por la roca; ahora son piedritas cayendo en un pozo, en una superficie líquida muy cerca en sus oídos y muy lejos de su boca.

IV

—El tren está parando —notan los que aún están conscientes. —Vamos a golpear fuerte, todos juntos al mismo tiempo, alguien nos va a escuchar.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang...! Más de cien puños golpean frenéticamente la pared y la puerta del vagón por largo tiempo, y **esperan que** alguien —**quienquiera que sea--** escuche sus llamados de pánico.

De repente, cuando el tren ya se ha detenido totalmente, la puerta se abre con un estruendo y una luz cegadora que les castiga los ojos. Los que pueden se lanzan hacia afuera dando bocanadas, como pez que busca el agua. Rosa gatea atontada hasta la salida y deja colgar la cabeza fuera del vagón hasta que los pulmones se llenan de oxígeno y con la mente más clara, salta al aire libre.

En cuestión de minutos los más fuertes vuelven al vagón y arrastran hacia la luz a los que están inconscientes. Los acuestan en el terreno pedregoso al lado del tren mientras otros salen con botellas vacías y las traen llenas de agua. Les ayudan a beber, les bañan la cara, les pasan paños mojados en el cuerpo y la frente, y poco a poco, los deshidratados se hidratan, los sofocados se oxigenan, y los rostros amarillentos vuelven a tomar el color natural.

Pasa un buen cuarto de hora **antes de que se repongan** del todo. Sólo más tarde se dan cuenta de que los tres chicos que les abrieron la puerta son parte de ese contingente mayor que ha estado viajando con ellos todo el tiempo.

El silbato del tren anuncia que va a salir. Una oleada de susto sube en cada pecho, y se atropellan para subir. Cuando las ruedas se ponen en movimiento, cada uno ya están nuevamente ocupando su lugar habituales; pero esta vez, en tácito acuerdo, las puertas quedan abiertas de par en par. Los que salieron a buscar agua corren rápidamente hasta el vagón y los de arriba les ayudan a subir a medida que el tren acelera.

Los chicos aprovecharon para meterse en el vagón, como si fuera propiedad pública.

—Disculpe don, hace mucho sol allá arriba.

—¿Quiénes son ustedes? —les preguntan.

—Los que les abrimos la puerta, don.

—¿Y qué diablos hacen ustedes ahí arriba del tren?

—Lo mismo que ustedes, don. Estamos viajando pa los Estados. ¿Ustedes no están viajando pa' llá, también? Diga, ¿tiene algo de comida? Yo no como desde hace día y medio... y este mi hermanito, tampoco.

La gente los mira atónitos mientras les pasan bizcochos y frutas. Los chicos comen con ganas y hablan con la boca llena.

—Ah, ¡qué bien que se viaja aquí! Esto es primera clase.

—¿Y ustedes escucharon nuestros golpes y por eso abrieron? —pregunta otro hombre.

—Pues sí, señor. ¿Y ustedes no sabían que las puertas no se pueden abrir por dentro?

Y sin esperar respuesta, el chico sigue hablando:

—¿Y cómo consiguieron ustedes un furgón vacío?

—Pues... nosotros pagamos al coyote, él arregló todo. —dice el hombre.

—Ah, gente rica... tienen plata pal' coyote... Yo también voy a ser rico **cuando llegue** a los Estados.

—No, m'hijo. Aquí no hay ningún rico. Yo tuve que empeñar mi casita para poder pagar por este viaje... ¿Y qué vas a hacer tú allá en el Norte?

—Lo primero, buscar a mi mamá y a mi papá, pues no los vemos desde hace seis años. Siempre nos han mandado dinero, regalos, y nos hablamos por teléfono. Y siempre prometen que van a volver, todos los años, y nunca vuelven. Cualquiera día de estos se olvidan de nosotros, y... nunca más vamos a saber de ellos... Por eso decidimos salir pa' allá con mi hermano.

Rosa escucha, pasmada. ¡Busca a su padre y a su madre! Pero mi mamá nunca se va a olvidar de mí. ¿O sí? Una ráfaga de pánico le congela la sangre momentáneamente, pero enseguida abandona ese pensamiento.

—¿Cómo te llamas tú? —pregunta finalmente Rosa, aguijonada por la curiosidad y simpatía.

—Darío. Y este es mi amigo Sergio, y este, mi hermanito Manucho. ¿Y tú?

—Rosa. Quiero decir, Eugenio.

El chico sonrío y sigue explicando:

—Mis padres no saben que yo y mi hermano estamos viajando pa' allá. Va a ser una sorpresa. Si es que conseguimos llegar esta vez. Este es nuestro quinto viaje. Siempre nos agarraban en Tapachula, y nos mandaban de vuelta, antes de poder subir a este tren. Pero esta vez creo que vamos a llegar.

—¿Y de dónde vienen?

—De Nicaragua. ¡De la gran ciudad de Managua!

—Y yo de Guatemala—dice el otro.

—¿Y cómo llegaron hasta aquí?

—Pues, en tren, siempre en tren de carga. Pero no el vagón, como ustedes. Siempre arriba.

—¿Son todos chicos allá arriba?

—No, la mayoría son de 20, de 30, de 40... hombres y mujeres.

—¿Y la policía ferroviaria no los hacen bajar?

—Cuando llegamos a un pueblo, antes de llegar a la estación o a un control, saltamos y corremos y corremos, más rápido que el tren, por las calles de al lado. El tren siempre para unos minutos, y eso nos da tiempo de subirle otra vez a la salida del pueblo, cuando todavía anda despacito. Así, nadie nos ve. Y si nos ven, ya es tarde... ¡ja!, no nos pueden agarrar más. ¿No es así, manito?

El hermanito no contesta. Está ya dormido en el regazo de una señora. “Estos fueron nuestros angelitos salvadores” dice la mujer, “el Señor nos los ha mandado.

—Hay que dejarlo dormir al Manucho —dice su hermano. —¡Pobre! Anda muy cansado. Es que yo no lo dejo dormir arriba. Es peligroso.

—¿Por qué es peligroso dormir? —pregunta Rosa.

—¿Por qué? Pues, porque te puedes caer si estás durmiendo.

—¿Y alguien ya se ha caído?

—Pues, sí...

La expresión del chico es ahora la de un hombre triste. De un hombrecito y triste. Todos callan. Poco después, el otro muchacho cuenta con voz casi inaudible.

—Mi amigo se cayó. El tren le pasó por encima. Quedó sin una pierna. Quedó mutilado.

—Muchas veces hay que saltar de tren en tren, cuando todavía están en marcha, para tomar la combinación correcta, porque no todos los trenes van a la frontera. Y es peligroso saltar, porque **aunque uno mire** bien, a veces los vagones se juntan, otras veces se separan. También a veces se descarrilan.

—¿Y alguien los socorren a los que el tren les...les hiere? —pregunta alguien.

—La diócesis de Tapachula, de Arriaga, o la Casa del Inmigrante del otro lado, en Tecún Umán, según me dijeron, tienen sus clínicas donde atienden a los mutilados. A los niños les llaman “los angelitos caídos”.

—Por eso Don Sabino habló de La Bestia, —murmura alguien.

—Sí, también le llaman “El Tren de la Muerte”, o el “Tren del Diablo” — dice un chico. — Por eso, es más seguro viajar aquí adentro, con ustedes.

—¿Y cuando llueve? ¿Cómo hacen allá arriba? —pregunta Rosa.

—Tenemos plásticos. Pero a nosotros nos tocó una noche de granizo. Esa noche pensé que las piedras de hielo nos iban a partir la cabeza...

Rosa busca unos chocolates de su mochila para ofrecer a los chicos. **No les importa que estén** derretidos, aseguran. En segundos, las caritas están embadurnadas del líquido marrón que chorrea de los paquetes.

Varias horas después los muchachos se despiden. Pronto van a llegar al cruce donde tendrán que hacer una combinación para enlazar con el tren que va a Nogales.

—Bueno, ¡que les vaya bien!—dicen los tres.

—Y yo **les aconsejo que cierren** la puerta pero dejen un palito de espacio pa’ poder abrirla otra vez. Pero no mucho, pa’ que los perros no puedan meter el hocico.

—¿Qué perros ?

—La migra y la policía ferroviaria a veces traen perros, pa’ ver si hay algún “pollo” en los vagones.

9. María Moreno

Grammar #16: Pluperfect

Grammar #17: Subjunctive on adjective clauses

I

Muy temprano al día siguiente Ernesto ya está viajando para el norte, cuesta abajo. La autopista es la panamericana, la misma que él ya ha transitado en su travesía por México y Guatemala. Encontrarla aquí nuevamente es como encontrar a una vieja amiga. Aquí, sin embargo, no corre entre cerros verdes y bosques de niebla. Se parece más a una serpiente blanca que se arrastra sobre colinas color marrón y canela. Después de varias horas desciende hacia el lago San Pablo y Ernesto puede ver la aldea de Otavalo, en su costa norte. El camino, que ahora rodea el lago pasa por campos bien cultivados, donde los campesinos llevan a sus vacas a pastar.

La parada en Otavalo es tentadora, porque es la feria al aire libre más grande de Latinoamérica. Ocupa quince cuadras. Además, Ernesto **necesita algo que lo proteja** del frío, porque ya le dijeron que la helada cae temprano de las montañas.

Las calles están repletas de puestos que venden frutas y vegetales, tejidos con diseños geométricos, alfombras, hamaca, sombreros de lana con ornamentos de flores, manteles bordados, instrumentos musicales, artesanías en madera, cerámica o metal, y por supuesto, ponchos. **No hay nada que no sea auténtico**. Todo lo que está en venta es el producto de esta raza artística e industrial del pueblo de Otavalo. A Ernesto alcanzan los ojos para absorber tanto color. Tampoco faltan la música, la comida y los juegos.

El sol está fuerte hoy y Ernesto **busca un puesto donde vendan** sombreros. Finalmente lo encuentra en una esquina.

— Mira, este te va a quedar muy bien — le dice la niña detrás de la mesa. Está vestida como su madre: con una falda larga de color azul oscuro, blusa bordada con brillantes colores, un turbante negro y varias vueltas de collares dorados y otras joyas.

Su hermano también está vestido como otavaleño: con pantalón tres cuartos, zapatos de sogas llamados alpargatas, amplios ponchos y sombreros de diferentes tamaños y colores.

Ernesto les compra un sombrero y un poncho.

El próximo autobús ya está llegando y Ernesto se apresura a tomarlo. Hay mucho movimiento en la estación. A Ernesto le llama la atención tanta gente diversa y con tan diverso equipaje en sus espaldas. Los indígenas cargan sus mercaderías y sus niños; los turistas, sus mochilas y sus equipos de fotografía; y un grupo de europeos y australianos cargan su equipo de alpinismo. Ernesto, curioso por naturaleza, les pregunta qué montaña van a escalar.

— El volcán Imbabura.

— Y, ¿es muy alto?

— Tiene **más de** 15 mil pies de altura.

— Y dónde queda ese volcán?

— Para el norte. Comenzamos a caminar desde Esperanza. ¿Quieres venir con nosotros?

— ¿A Esperanza? Pues claro. ¡Hace muchos años que quiero ir a Esperanza! ¡Desde muy pequeño!

— ¿De veras? ¡Qué extraño! Nadie sabe de ese pueblito...

“Algo me dice que aquí voy a encontrar a los Moreno”, piensa Ernesto. “Siento que soy de este lugar”. ¡Me gustaría ser de aquí!

El chico se siente a gusto en este pueblo industrial; es un pueblo con orgullo de su origen, un pueblo de comerciantes y artesanos, de músicos y *luthiers*, de gente afable y creativa.

El viaje a Esperanza duró una hora corta, contando con las varias veces que debieron parar para dejar el paso a alguna pastora que con su rebaño de ovejas andando en el medio la ruta. Y por qué no. Esa tierra era suya antes de que abrieran el camino de asfalto, se dice Ernesto.

Al bajar del vehículo, en una esquina del pequeño pueblo, un muchacho del lugar se acerca a los turistas.

—Me llamo José Luis, y soy guía. Si ustedes quieren subir al Imbabura, puedo llevarlos mañana tempranito.

Después de un breve regateo del precio los Australianos arreglan una excursión para el día siguiente.

—¿Y tú no quieres ir? —le pregunta el chico a Ernesto. —Es muy bonito allá arriba. Se ve todo el glaciar del volcán Cayambé.

—Yo tengo otras cosas que hacer primero en Esperanza. Dime, ¿tú conoces a alguna familia de nombre Moreno?

—Moreno, Moreno....déjame ver. Ah, sí, hay una viejita, que vive por aquel cerro. Es viuda, vive sola.

Ernesto queda un poco decepcionado. Si ella es mi abuela, concluye, mi familia aquí es muy pequeña. ¿Tendrá parientes en otro pueblo?

—¿Y tú me puedes llevar allá?

—Sí, te llevo. ¿Cuándo quieres ir?

—Ahora mismo.

—Bueno, deja tu mochila en mi casa si quieres, pues no la vas a necesitar. Es cerca.

El sendero pedregoso que sube la cuesta es un camino Inca, dice José Luis. Ernesto concluye que debe ser parte de la intrincada red que, según leyó, surca América desde el Ecuador hasta el norte de Chile y Argentina.

—¿Tú dijiste que esta señora podía ser pariente tuyo? —pregunta el chico.

Ernesto le cuenta rápidamente su historia a José Luis, y éste asiente con la cabeza.

En una vuelta del sendero aparece una familia en un carro tirado por bueyes, cargando una enorme parva de pasto amarillo y seco. En su cima, tres chicos sentados como príncipes en un trono dorado llevando en sus brazos a una llamita, saludan a los caminantes.

Unos metros más allá José Luis se detiene y señala para la montaña, del otro lado de un riachuelo.

—Allá está la casa.

La vivienda, de adobe y techo de paja, cuelga solitaria como un pendiente de oro sobre el fondo esmeralda de la ladera. Atraviesan el arroyo y luego se encuentran frente al cerco de piedras y arbustos de tuna que rodea la casa y delimita la propiedad.

—Aquí vive la doña...no recuerdo su nombre de pila.

El grito agudo de una cotorra enjaulada que cuelga de un árbol anuncia la visita.

— ¡Cholito! ¡Cholito! brrr brrr ¡Cholito!

Una cara de anciana se asoma por la ventana. El chico dice algo en quichua y la mujer responde en el mismo idioma, y sale a la puerta.

II

Es una señora bajita y algo encorvada. O tal vez parece bajita, observa Ernesto, por lo encorvada. El sombrero de felpa, negro, como el de un señor inglés del siglo pasado, y la falda larga de lana azul con una cinta roja en el dobladillo, le dan un aire de dignidad y elegancia. Saliendo por debajo del sombrero inglés cuelga una trenza blanca que le llega a la cintura. La piel de la mujer es del color de la de Ernesto, pero el clima seco y ventoso de las montañas le ha dejado el rostro arrugado como un papel.

Los dos indígenas, joven y vieja, siguen hablando en quichua y por fin la señora los invita a entrar. Cuando los ojos de Ernesto se ajustan a la penumbra puede ver que la casa es apenas un cuarto, no más grande que su propia habitación en los Estados Unidos. El piso es de tierra.

Ernesto nota, en un extremo, unas herramientas para trabajar el campo y un telar; y en el otro lado, un entrepiso. Una pequeña escalera de palos, parecida a una escalera de gallinero, lleva a la parte superior del entrepiso, que aparentemente es la alcoba de la mujer. La parte inferior es el cubículo de los animales, según ve Ernesto cuando, del rincón oscuro, varios conejitos salen corriendo y gritando “cui cui cui”. El chico inmediatamente reconoce la especie: él los tenía en una jaula durante su infancia. Recuerda cuando los bañaba, algo que su padre nunca aprobaba:

— *Se te van a morir, Ernesto. No se puede bañar a los conejitos de la India porque están acostumbrados a lugares secos. Son originarios de los Andes. Frío y seco.*

— *¿Y por qué se llaman “de la India” entonces, o de Guinea, como en inglés?*

— *No tengo idea. Pero yo los **he visto** en las casa de los quichuas cuando trabajaba en el Ecuador.*

— *¿Trabajaste en los Andes, papi?*

— *No, trabajaba en el Oriente, donde hay selva y hace calor, donde está el petróleo. Pero por ahí también hay quichuas, quichuas amazónicos, les dicen, y esos criaban conejitos de la India, como los tuyos.*

— La señora cría cuy — explica el chico ecuatoriano. — Los vende en la feria.

Ernesto atrapa uno y lo acaricia, mientras le habla a su guía, que ahora hace de traductor:

— José Luis, cuéntale a la señora mi historia, para ver si ella puede ser mi abuela.

El chico habla por unos minutos. Ernesto contiene la respiración, mientras doña Alcira, que así se llama la mujer, lo mira con curiosidad. Después, poniendo las manos callosas en el regazo, comienza a hablar largo tiempo con José Luis. Luego toma las manos de Ernesto entre las suyas, lo mira profundamente a los ojos, y le dice algo que para Ernesto es absoluta jerigonza.

Según José Luis, la mujer cuenta que ella tenía una hija, María Moreno, que se **había mudado** a Quito, a buscar trabajo. Que un día recibió noticias de la hija, que estaba esperando un bebé. Y que después le mandó a decir con un intermediario que se iba con su bebé para los Estados Unidos. Por un tiempo le mandó dinero, pero después no supo más de ella, hasta que recibió una carta.

Ernesto siente un nudo en la garganta. ¿Su pobre madre lo **había tenido** a él en Quito, en un lugar sin amigos y sin familia...? ¿Y se **había ido** solita con él a los Estados Unidos? ¿Y qué más? ¿Qué más supo de ella?

Siguen los diálogos en el otro idioma. Si ésta es de verdad su abuela, piensa Ernesto, mientras los otros hablan, él la va a ayudar. Le va a comprar una casa en La Esperanza, con un cuarto sin escaleras. Le va a poner un jardincito... Va a... José Luis interrumpe sus pensamientos:

— Doña Alcira dice que un día recibió una carta donde decía que su hija **había muerto**, y **había dejado** un bebé. La carta vino de los Estados Unidos, y estaba escrita en español, y un amigo se la tradujo al quichua. Todavía tiene la carta.

Ernesto ya **había imaginado** que su madre podría estar muerta. Pero lo emociona escucharlo así, de repente. Pregunta si puede ver la carta. Doña Alcira percibe el nerviosismo del muchacho y le ofrece un te de hojas de coca. Eso le va a dar fuerza a su espíritu, le dice, y se va a sentir mejor.

El chico acepta, y como el fuego del brasero ya estaba encendido desde la mañana, en pocos minutos el agua hierve y la abuela echa en la vasija unas hojas de la mágica planta. Luego vierte el té en tres jarritas de aluminio y las sirve. Mientras los dos jóvenes saborean la infusión, la señora desaparece en ángulo oscuro de la casita.

Los cuises andan sueltos, correteando de aquí para allá; la cotorra sigue con su monólogo “¡cholino! ¡cholino!”, y los segundos pasan lentos para Ernesto. ¿Es que la abuela ha perdido la carta? ¿O no recuerda dónde la puso? ¿O es que, en su senilidad, ha inventado todo?

III

Cuando la mujer emerge de las sombras, lleva una cajita en su mano, amarrada con una cinta. La abre con cuidado y le entrega la carta a Ernesto. El papel está viejo y la tinta de las letras escritas a máquina ha perdido algo de color, pero las palabras todavía son legibles.

Ernesto lee en voz alta:

Señora Alcira Moreno Quipé:

Lamentamos comunicarle la defunción de su hija María Moreno ocurrida en el día de hoy. El bebé de pocas semanas que traía fue entregado al convento de esta ciudad para su cuidado. Si desea la extradición del bebé y/o del cuerpo de su hija, deberá hacer los trámites pertinentes ante el consulado de los Estados Unidos en la ciudad de Quito y hacerse cargo de los costos del traslado. Presénteles esta carta. Sin más, reciba nuestras condolencias y profunda simpatía por la pérdida de un miembro de su familia.

San Diego, Medical Center

Firma: Director

María Moreno...convento ...San Diego ¡Todo coincide! , razona Ernesto mirando por la ventanita hacia el cielo inmaculado de los Andes. El muchacho mal puede contener su agitación. ¡Entonces, esta señora de veras es mi abuelita! piensa. ¡Y yo finalmente soy de aquí! ¡Soy de estas montañas, del centro mismo del mundo, de este suelo del gran imperio inca! ¿Y quién sabe si no soy descendiente de algún inca guerrero? ¿Alguien que luchó por su pueblo contra los invasores de España? ¡Tengo que averiguar todo eso!

—¿Y la fecha de mi nacimiento, o de la carta? ¿A ver, a ver? ¿La dice?

Ernesto la nota enseguida, en letras bien claras, al pie de la página. Entrega la carta a José Luis, apuntando hacia la fecha, y toma el resto del té de coca de un solo trago.

—¡Ay cholo...! —exclama José Luis. —Esta carta dice 1960, ¡entonces tú ahorita tendrías treinta y cinco años!

El vuelo inca de Ernesto cae a tierra, destrozado.

—¿Pero cómo es posible tanta coincidencia? —dice el chico después de un prolongado silencio.

—Pues, el nombre “María” es muy común —dice el guía. —El “Moreno”, no sé si es común... En cuanto a San Diego, bueno, **que yo sepa**, mucha gente va para allá primero y después a las otras ciudades de los Estados Unidos. Es, como dicen, la parada obligatoria, el puerto de entrada.

Doña Alcira sirve otro té, y no se habla más de la carta. Pero Ernesto tiene pena de la viejita que ha perdido a su hija y que seguramente tiene un nieto en los Estados Unidos a quien nunca va a conocer. Y le pregunta si necesita algo en especial.

—Si tú algún día puedes mandarme un par de anteojos —dice la mujer a través de su traductor, —eso me va a servir para seguir trabajando en el telar. Siempre te lo agradeceré ¡Mis ojos ya no ven los colores, hijo!

Ernesto promete que en Quito le va a comprar varios, y de varias graduaciones, y se los va a mandar sin falta.

Con un movimiento rápido, la señora atrapa un conejito de la India y le dice algo a José Luis, quien le traduce a Ernesto:

—Dice la señora si te gusta el cuy. Si quieres, te prepara uno para la cena.

Ernesto piensa que no ha escuchado bien.

—¿Cena, dijiste?

—Sí. ¿No has probado el cuy? Es la comida nacional. ¡Es muy sabroso y nutritivo!

—Ah, no gracias. Le agradezco mucho, es que... ¡soy vegetariano! Bueno, no siempre...es que...estoy a dieta.

La risa sin dientes de la señora, al escuchar la traducción de “vegetariano” y “dieta”—algo inimaginable para ella—y disipa la tristeza del momento.

Cuando llega la hora de despedirse, la señora le dice a Ernesto que lo va a recordar siempre, como a aquél nieto a quien nunca conoció.

Los muchachos se van por el camino de piedra rumbo al pueblo, en cuanto se sigue escuchando el “cholito cholito” del loro hasta que están bien lejos de la casa.

GRAMMAR APPENDIX

Grammar #1: Imperfect Tense

1) In Spanish there are two simple past tenses: preterit and imperfect. In book 1 we have used the preterit. It refers to something that happened in a specific time in the past. It is used when you know when the action started or finished, or you know its duration. You can think of the preterit as your default tense.

However, sometimes you must use the imperfect tense. See the rules below:

The endings for the imperfect tense are:

For the **-ar** verbs (ex: hablar, trabajar, etc.): **-aba, abas, aba, ábamos, aban**

For the **-er** and **-ir** verbs (ex: comer, dormir, etc.): **-ía, ías, ía, íamos, ían**

2) There are three irregular verbs in the imperfect. They are:

SER = yo era, tú eras, él era, nosotros éramos, (vosotros erais), ustedes eran, ellos eran

IR = yo iba, tú ibas, él iba, nosotros íbamos, (vosotros ibais), ustedes iban, ellos iban

VER = yo veía, tú veías, él veía, nosotros veíamos, (vosotros veíais), ustedes veían, ellos veían

3) The imperfect does not have the stem changes of the present tense.

Ex:

Pensar: pienso, pensaba - **Jugar:** juego, jugaba - **Pedir:** pido, pedía

4) **Using the imperfect:** The imperfect does not have an exact equivalent in English.

It is used in these cases:

a) for something that took place in a non specific time:

Cuando tú eras niño, ¿sabías que eras adoptado?

When you were a child, did you know that you were adopted?

b) for a repeated action in the past (something that used to be that way):

Mis padres siempre me contaban... (My parents always told me...used to tell me...)

Cuando yo iba a la escuela primaria. When I attended elementary school...

c) for descriptions of the past:

Yo estaba envuelto en una manta azul. *I was wrapped in a blue blanket.*

d) for an ongoing action in the past (progressive tense in the past):

Él me miraba. or Él me estaba mirando. *He was looking at me.*

e) to tell the time of an event in the past:

Era de noche... Eran las 11 de la noche. *It was night. It was 11:00 PM.*

f) to tell a name of something or somebody, when talking about the past:

Mi escuela se llamaba "La Piedad". *My school's name was "La Piedad".*

5) Hint! Most of these verbs are usually found in the imperfect:

haber – tener – querer – estar – saber – conocer – llamarse

Ex:

Yo **no conocía** bien el terreno. Yo **estaba** en el borde del pozo. **Había** un sacerdote
maya que **tenía** un cuchillo. Yo **quería** escapar pero no **podía** moverme.

These verbs are used in the preterit only when you have a definite time frame or when their meanings change:

Hubo un accidente. *There was an accident.*

En ese momento yo **supe** la verdad. *At that moment I found out the truth.*

Ernesto **conoció** a Luis en el autobús. *Ernesto met Luis in the bus.*

The verbs **poder** and **deber** are usually in the imperfect if they are positive; and in the preterit if they are negative.

6) Use the imperfect form of IR (*iba, ibas, iba, íbamos, iban*) to talk about what someone was going to do:

¡Yo **iba** a llamarte cuando tú me llamaste! *I was going to call you when you called me!*

↓
imperfect

↓
preterit

Grammar #2: Plural Command Form

The command form for “ustedes” is formed by adding an “n” to the “Usted” form.

The command form for “nosotros” is formed by adding the “amos” or “emos” ending to the “Usted” form

Verb	Usted	Ustedes	Nosotros
hablar	hable	hablen	hablemos
venir	venga	vengan	vengamos
ir	vaya	vayan	vayamos
poner	ponga	pongan	pongamos
ponerlo (with any pronoun)	póngalo	ponganlo	pongámoslo

Mexican variations:

In Mexico it is common to add the indirect object pronoun “le” and “les” to the command form in the affirmative, for both the formal and informal treatment. These pronouns are added to any verbs, even those which normally will not accept pronouns.

Ex: Verb: **subir**

Standard Spanish: *sube (informal) - suba (formal) – suban plural*

Mexico: *súbele súbale súbanle*

(Perhaps the most common expressions are: *ándale, órale*, (to agree, affirm o acknowledge something))

Grammar #3: Relative Pronouns

que = <i>that / which / who</i> de quien = <i>of whom</i> a quien = <i>to whom</i> para quien = <i>for whom</i>	con quien = <i>with whom</i> cuando = <i>when</i> cuyo = <i>whose / which</i> el cual , la cual, lo cual = <i>which / who</i>
--	--

Algunos ejemplos:

- El chico **que** está en la foto es mi hermano.
 - El chico **de quien** te hablé es mi el mejor estudiante.
 - El chico **a quien** le diste tu teléfono es mi hermano.
 - El hombre **con quien** se casó es de Puerto Rico.
 - El hombre **cuyo** hijo está en mi clase es de Puerto Rico.
 - La compañía para **la cual** trabajo está en Seattle.
-

Grammar #4: Future Tense

Regular verbs in the future:

These endings are added to the verbs. The same endings are for –ar, -er, -ir verbs:

-é, -ás, -á, -emos, -éis -án.

Ex: *Yo hablaré... Tú comerás...Él vivirá.*

Some Common Irregular verbs in the future:

haber = *habrá (there will be)*

tener = *tendré, tendrás, tendrá, tendremos, (tendréis), tendrán.*

venir = *vendré, vendrás, vendrá, vendremos, (vendréis), vendrán.*

poder = *podré, podrás, podrá, podremos, (podréis), podrán.*

poner = *pondré, pondrás, pondrá, pondremos, (pondréis), pondrán.*

decir = *diré, dirás, dirá, diremos, (diréis), dirán*

hacer = *haré, harás, hará, haremos, (haréis), harán*

Grammar #5: The Present Subjunctive with “cuando”

When two clauses are joined by the adverb “cuando”, the verb may or may not change.

If “cuando” refers to a general situation, or something that has already occurred, the verb does not change.

If “cuando” implies something that may or may not happen in the future, the verb will change into the *subjunctive* form. (More on the subjunctive on Grammar #14)

The subjunctive form is identical to the command form for the formal “usted”.

(see Grammar # 29 in book I)

Ex:

General actions:

Cuando **tengo** tiempo, **leo**, *or* **Leo** cuando **tengo** tiempo

Grammar #8: Use of “vosotros”

Vosotros = you plural (all of you) informal, mostly used in Spain, and occasionally in Latin America, where the “you” plural for both formal and informal is **Ustedes**.

Ex: SPAIN: *Niños, vosotros debéis venir adentro.*
LATIN AMERICA: *Niños, ustedes deben venir adentro.*

The endings for the present tense are –áis, –éis, ís.

hablar	comer	dormir
<i>Vosotros habláis</i>	<i>Vosotros coméis</i>	<i>Vosotros dormís</i>

The endings for the preterit tense are **-asteis -isteis**

hablar	comer	dormir
<i>Vosotros hablasteis</i>	<i>Vosotros comisteis</i>	<i>Vosotros dormisteis</i>

The endings for the imperfect tense are **-abais, -íais, -íais**.

hablar	comer	dormir
<i>Vosotros hablabais</i>	<i>Vosotros comíais</i>	<i>Vosotros dormíais</i>

The command form endings are:

- ad, - ed, - id for the affirmative, and **-éis, - áis, -áis** for the negative

hablar	comer	dormir
<i>¡Hablad!</i> <i>¡No habléis!</i>	<i>¡Comed!</i> <i>¡No comáis</i>	<i>¡Dormid!</i> <i>¡No durmáis!</i>

The direct object pronoun is **-os**

The combination of direct and indirect objects (see Grammar #9: *se lo, se la, se los, se las*) is replaced by **os**: *os lo, os la, os los, os las*

Ex: *Ayer os vi en el mercado. Yesterday I saw all of you in the market.*

Ya os lo dije: No vengáis tarde! I told (all of you) already: do not come late!

Grammar #9: Direct and Indirect Pronouns Together.

In English, combining two pronouns takes place in the following order:

Verb + direct object pronoun + indirect object pronoun.

Ex: *I gave it to you*

it = direct object

to you = indirect object

In Spanish, it is the contrary. The combination of the equivalent pronouns is in the opposite order:

Ex: *Te lo di*

te = indirect object

lo = direct object

This has to be thought about in the following way:

To you- it- I gave = *Te lo di* (*I gave it to you*)

To me – it – you gave = *Me lo diste* (*You gave it to me*)

To you – them – I gave = *Te los di* (*I gave them to you*)

To me – them – you gave = *Me los diste* (*You gave them to me*)

However, the indirect objects *to him*, *to her*, or *to them* (le, les) are all replaced by *se*.

Ex: To him – it – I gave = *Se lo di* (*I gave it to him*)

To her – it – you gave = *Se lo diste* (*You gave it to her*)

The key here is to remember that “**se**” is the **person or persons who are receiving the object**.

There are 16 combinations of these pronouns (not including the “os” used in Spain):

me lo	te lo	se lo	nos lo
me la	te la	se la	nos la
me los	te los	se los	nos los
me las	te las	se las	nos las

Notice that the pronouns are separated. However, when the pronouns are attached to an infinitive or a gerund verb, they will form one word, which takes an accent.

Ex: **Voy a dárselo.** *I am going to give it to him/her/them.*

Quiere dármelo. *She/He wants to give it to me.*

Estoy dándoselo. *I am giving it to him/her/them.*

Grammar #10: El “voceo”

In some countries of Latin America, the personal pronoun **vos** is used instead of **tú**.

In Argentina **vos** has substituted **tú** almost entirely.

In Guatemala, El Salvador and Nicaragua, **vos** is used as much as **tú** and **usted**. In Guatemala, it is used quite negatively when talking to indigenous people (which implies a lack of respect or sense of superiority) or it is also used within indigenous families or among closed friends.

With **vos** the verb is modified: “ie”, “ue” and “i” stem changes are dropped, and an accent is added to the last vowel.

Ex: **tú** = Tú tienes un pasaporte; tú duermes bien; tú dices la verdad.

vos = Vos **tenés** un pasaporte; vos **dormís** bien; vos **decís** la verdad.

Accordingly, the command form in the informal “you” also changes in the “voceo” form, and takes an accent (except when it is followed by a pronoun):

Ex: Tú = Come, habla, duerme, dime

Vos = Comé, hablá, dormí, decime

Grammar #11: Comparatives and Superlatives

Comparative: More than / less than

más + adjective:

más ...(adj.)... **que** = *more...(adj.)...than*

menos ... (adj.)... **que** = *less... adj.)... than*

más alto **que** = *taller than*

más alta **que** = *taller than*

más altos **que** = *taller than*

más altas **que** = *taller than*

Ex: - Yo soy **más alta que** mi mamá.

- No puede ser. ¡Tu mamá es **más alta que** tú!

Notice that **alto** is an adjective, which has to agree in gender and number with the noun.

Therefore: the girl is **más alta**, but the father is **más alto**.

Superlative: “the most...”

Add *el – la – los – las* before the noun, + **más** before the adjective.

Ex: El profesor es **el más alto de todos**. *The teacher is the tallest one.*

Estas frutas **son las más caras**. *These fruits are the most expensive of all.*

The four irregular ones are:

mejor / mejores = *better*

peor / peores = *worse*

mayor / mayores = *older*

menor / menores = *younger*

These are adjectives, therefore, the endings have to agree with the noun in number.

Summary

- For comparison of **more** or **less**, use the words: **másque** or **menos que**.

- For comparison of **equality**, use the words **tan como**

- For expressing **the most**, or **the least**, use the articles:

el más, la más, los más, las más or el menos, la menos, los menos, las menos

- And, remember the special cases: **mejor, peor, mayor and menor**.

Grammar #12: Past participles and Present Perfect

I. Using adjectives and past participles:

Adjectives:

In English, many adjectives are formed by adding **-ed** after the verb.

For example: *tired, changed, occupied, formed*

In Spanish, adjectives are formed by adding **-ado** (for **-ar** verbs) and **-ido** (for **-er** and **-ir** verbs)

Because they are adjectives, there are feminine and plural variations.

Ex: el libro está cerrado	la puerta está cerrada
los libros están cerrados	las puertas están cerradas

There are many irregular adjectives, in both languages, such as **roto** (broken) or **abierto** (opened).

Past participles:

When the adjective is placed after the auxiliary verb “haber”, *has, ha, hemos, habéis, han*, it is called Past Participle.

Ex: Yo **he roto** el plato. *I have broken the plate.* El plato **está roto**. *The plate is broken.*

Yo he estudiado = *I have studied*

Tú has estudiado = *You have studied*

Él ha estudiado = *He has studied*

Nosotros hemos estudiado = *We have studied*

Vosotros habéis estudiado = *You have studied*

Ellos / Ustedes han estudiado = *They / You have studied*

The most common irregular past participles are:

abierto = *opened*

vuelto = *returned*

visto = *seen*

puesto = *put*

roto = *broken*

dicho = *said*

hecho = *done*

muerto = *dead*

Grammar #13: The Conditional

In English, the conditional tense uses the auxiliary verb *would*.

In Spanish, the verb endings change to:

ía - ías - ía - íamos - íais - ían

The endings are the same for the three kinds of verbs conjugations: -ar, -er, -ir.

The irregular conditional verbs are the same as the irregular future tenses (see Gram. point #4)

Some Common Irregular verbs in the Conditional

haber = *habría*

tener = *tendría*

venir = *vendría*

poder = *podría*

poner = *pondría*

decir = *diría*

hacer = *haría*

Examples:

¿Tomarías un jugo? *Would you like to drink a juice?*

Me gustaría ir a Perú. *I would like to go to Peru*

¿Me podría decir cómo llegar a Esperanza? *Could you tell me how to get to Esperanza?*

No sé si la veríamos otra vez. *I don't know if we would see her again.*

Yo nunca haría eso. *I would never do that.*

Ustedes tendrían que venir a mi casa. *You (all) should come / would have to come to my house.*

Grammar #14: Present Subjunctive with adverbial clauses (*para que... aunque... antes de que... sin que... con tal del que... a menos que... antes de que...*)

Subjunctive Mode:

The Subjunctive is not a tense, but a “mode”. All the tenses you have seen before (present, preterit, imperfect, future, etc.) belong to the most common mode called the Indicative.

The subjunctive is used to express wishes, suppositions, hypothetical situations, or uncertainty. As you can see, the uses of the subjunctive are many and varied.

It is customary to study the subjunctive in Spanish by dividing this grammatical concept into three main categories:

- the **subjunctive in adverbial clauses**
- the **subjunctive in noun clauses**
- the **subjunctive in adjectival clauses**

It also occurs in sentences with two clauses, a main clause and a dependent clause.

Ex: Yo trabajo para que tú puedas estudiar.

The main clause is: **Yo trabajo**

The dependent or subordinate clause is: . . . **tú puedas estudiar**

Formation of the subjunctive: (see Grammar #5)

For verbs ending in **-ar**, replace the **-ar** with an “E”

Verbs ending in **-er** o **-ir**, replace the **er** or **-ir** with an “A”

Ex:

hablar	comer	dormir
hable	coma	duerma
hables	comas	duermas
hable	coma	duerma
hablemos	comamos	durmamos
habléis	comáis	duerman
hablen	coman	

If the verb for the **Yo** conjugation in the present is irregular, keep the same irregular form:

Ex: tener = **Yo tengo** Subjunctive: **yo tenga**

Irregular subjunctive verbs:

ser = sea, seas, sea, seamos, seáis, sean

ir = vaya, vayas, vaya, vayamos, vayan

saber = sepa, sepas, sepa, sepamos, sepáis, sepan

haber = haya

Adverbial subjunctive requires an adverb to link both clauses. Some of the most common ones are:

cuando = when

para que = so that

a menos que = unless

sin que = without...

aunque = even if...

con tal de que = provided that

antes de que = before...

Ex:

Salen **sin que** nadie los **vea**. *They leave without anybody seeing them.*

Saldré **antes de que** llueva. *I will leave before it rains.*

No iré **aunque** tú **quieras**. *I will not go even if you want me to.*

No quiero fruta, **a menos que** sea orgánica... *I do not want fruit, unless it is organic.*

Grammar #15: Present Subjunctive with Nominal Clauses

This kind of subjunctive requires de word QUE (that) as a bridge between the two clauses. They also need a “trigger” in the first clause, which are certain verbs and impersonal expressions. The following are some of the main categories:

1. Verbs expressing will, desire, orders, preference, or request

decir	To tell, to command	pedir	to request
desear	To wish, to want	preferir	to prefer
insistir en	To insist	querer	to wish, to want
mandar	To order		

2. Verbs expressing hope, emotion, or feeling

alegrarse (de)	To be glad	sorprender	to surprise
esperar	To hope	tener miedo de	to be afraid
gustar	To like	sentir	to be sorry

3. Verbs expressing approval, permission, or advice

aconsejar	To advise	prohibir	to prohibit
permitir	To permit	recomendar	to recommend
sugerir	To suggest		

4. Verbs expressing doubt or uncertainty

dudar	To doubt	no estar seguro (-a)	to be uncertain
-------	----------	----------------------	-----------------

5. Impersonal expression:

Any expression in English starting with “It is ... that”, such as:

It is good (that) they are coming.

In English you may drop the conjunction “that”, but in Spanish, the “que” is mandatory.

Ex:

Es bueno que ellos sepan la verdad

Es posible que él vaya a la fiesta.

Es raro que tú no vengas a la fiesta.

No es cierto que nosotros vengamos para Navidad.

Additionally, the expressions derived from these ones above, like in the English expressions “How nice that...”, “How convenient that...”, “How strange that...”, etc

Ex:

¡Qué bueno que sepan la verdad!

¡Qué extraño que él no venga!

¡Qué raro que tú no vayas a la fiesta!

Exceptions:

Some expressions, even containing the relative pronoun “que”, are not subjunctive if they denote **certainty**.

Ex:

Es verdad que ellos vienen.

Es cierto que nosotros vamos.

Es seguro que ellos lo saben.

However:

If these examples above are negative, they will be triggers of the subjunctive.

Dudar and No dudar:

When the trigger is the verb **dudar** and **no dudar**, it is possible to use either subjunctive or not subjunctive, depending on the degree of certainty that the speaker wants to give to the sentence.

Therefore, these two sentences are correct:

No dudo que él viene.

No dudo que él venga.

Remember: the "trigger" for the subjunctive is in the main clause, and the verb in the subjunctive mode is in the subordinate clause. See this sentence:

The family **insists that** Ernesto **return** to the US.

The verb "to insist" in the main clause is a trigger (see the table for group 1). Thus, the verb "to return" in the subordinate clause is in the [subjunctive mode](#). The Spanish equivalent of this sentence is therefore:

La familia **insiste en que** Ernesto **regrese** a los Estados Unidos.

It is also necessary to have a different subject in each clause.

Ex: Ernesto quiere ir a Guatemala. *Ernesto wants to go to Guatemala.*

This sentence is not subjunctive, because the second clause has the same subject as the first.

But

La mamá de Ernesto no quiere que el vaya a Guatemala.

Ernesto's mom does not want him to go to Guatemala.

This sentence is subjunctive, because there is a different subject in each clause.

Decir:

You can use the verb **decir** either to make a statement or to give a command. When you use it to make a statement, use the indicative mode. If you are giving a command or making a request you must use the subjunctive mode.

Ex:

La mamá le dijo a su esposo que Ernesto **va** a Guatemala. (information).

↓

Not subjunctive

La mamá le dijo a Ernesto que no **vaya** a Guatemala (command)

↓

Subjunctive

Grammar #16: Pluperfect tense.

The formation of this tense is similar to the Present perfect, with the auxiliary verb "haber" in the past: *había, habías, había, habíamos, habíais, habían.*

Yo *había ido* = I had gone

Tú *habías ido* = You had gone

Él *había ido* = He had gone

Nosotros *habíamos ido* = We had gone

Vosotros habías ido = You (all) had gone

Ellos - Ustedes *habían ido* = They- You all had gone

Examples:

La señora Moreno le dijo a Ernesto que ella había recibido una carta.

Ms. Moreno told Ernesto that she had received a letter.

La carta decía que su hija había muerto.

The letter said that his daughter had died.

Grammar #17: Subjunctive with adjectival clauses:

The subjunctive in adjectival clauses occurs when things (the noun in the first clause) are unknown or inexistent, and they are followed by “que”.

The noun is called the antecedent.

Ex:

Buscamos a una persona que **sea** bilingüe y que **tenga** coche propio.

We are looking for a person who is bilingual and has a car.

The antecedent (person) is unknown, because that kind of person has not been found yet.

Aquí no hay nadie que sea bilingüe. There is nobody here who is bilingual.

The antecedent, (nadie) is inexistent.

